



Año II

BARCELONA, 15 DE MAYO DE 1884.

Núm. 24

GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES



JOSEFA PUJOL DE COLLADO, dibujo de P. Ross.

SUMARIO.

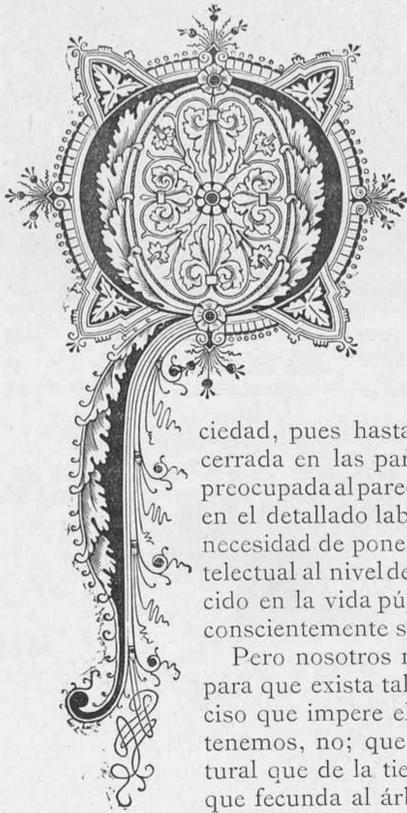
TEXTO: INFLUENCIAS.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: Josefa Pujol de Collado, por Manuel Escudé Bartoli.—EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.—REVISTA MADRILEÑA, por Doña Josefa Pujol de Collado.—REVISTA DE BARCELONA, por Doña Dolores Monserrá de Maciá.—CRISTINA DE PISÁN, (continuación), por Vicente Sancho del Castillo.—MISCELÁNEA.—IMPORTANTE.

GRABADOS.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: Josefa Pujol de Collado, dibujo de P. Ross.—LA EMPERATRIZ MARÍA TERESA DESPIDIÉNDOSE DE SUS HIJOS, cuadro de H. Merté.—LA MEJOR CENTINELA, Cuadro de E. Anders.—JOVEN PATRICIA DE AUGSBURGO, Cuadro de Herman Philipps.

INFLUENCIAS.

El hogar es un centro de abnegación y un núcleo de egoísmo.

Concepción de Arenal.



UIZÁS se nos diga que gastamos pólvora en salvas, cuando empleamos todo esfuerzo probando que la mujer necesita ilustración y tiempo para cumplir acertadamente con su misión en la sociedad, pues hasta el presente, encerrada en las paredes de la casa, preocupada al parecer exclusivamente en el detallado labor del hogar y sin necesidad de ponerse en el orden intelectual al nivel del hombre, ha ejercido en la vida pública más ó menos conscientemente solemne influencia.

Pero nosotros no afirmamos que para que exista tal influencia es preciso que impere el criterio que sostenemos, no; que así como es natural que de la tierra brote la savia que fecunda al árbol y que la nube

que nada en los espacios se desgaje en lluvia, también es natural, aunque lo contrario se nos antoje, que la mujer, á la manera del hombre, miembro de la sociedad ejerce en la misma una marcada influencia. Pero es preciso tener en cuenta que estas, en lo físico como en lo moral, son buenas ó malas, dañinas ó favorables; el ambiente de la naturaleza física que nos rodea y en el que nos encontramos sumergidos como el pez en el agua, influye externamente sobre nosotros; mas si el tal ambiente en los elementos que le componen es sano, influirá sobre nosotros dando salud al cuerpo y bienestar al espíritu; si contiene elementos perturbadores de la vida influirán en nosotros de manera contraria, como enemigos del cuerpo y del espíritu que enferman y sumen en el dolor.

Pues bien, suscribiendo el criterio de los que dicen que la mujer siempre y de cualquier modo ha de ejercer influencia en la sociedad, opinamos también que esa influencia se ha de ostentar como benéfica y saludable.

¿Y acaso se educa á la mujer en nuestro país con el propósito de que comprenda el deber de curarse por la vida pública, de que dé cabida en su corazón á los afectos sociales para dedicarlos á los que viven, que no son pocos, tristes, desamparados, sintiendo en el alma la espantosa soledad moral porque no tienen quien les ame ni sienta por ellos misericordia? Parece, ó más bien, es positivo que no. Hoy, escudado en la preocupación de que la mujer es todo sentimiento y para el sentimiento nacida, que sólo debe desenvolverlo en el reducido círculo del hogar, al educarla obrando lógicamente con lo que piensan, no les comunican más conocimientos sinó aquellos que enseñan la buena administración de la casa y algunos otros de puro ornato que también sirven para poner un tanto su inteligencia al nivel de la del esposo, curando con esto que lejos de haber separación de cultura que despierta la repugnancia y el desagrado y acaba por producir el olvido, haya más bien la intimidad mística de las almas que se requiere para ser feliz en el matrimonio.—Si; un poco de música para entretener al esposo, poder sostener con él conversación respecto á algún libro de arte que ha leído..... es decir, en resumen, condiciones intelectuales para interesar al marido, disposiciones para la dirección de la casa, un raudal de afectos que de modo incondicional á sus hijos dedique: hé aquí las cualidades apetecibles que hacen aparecer en el mundo á la mujer perfecta.

¡La mujer perfecta! Es indudable que ella es siempre aliento y dulzura de la familia en el hogar, fuerte á pesar de su debilidad, sostiene el ánimo de los decaídos y es el consuelo de los pesares, ahoga sus lágrimas para secar las lágrimas de los que son objeto de su cariño, atormentado su corazón sabe olvidarse é inventar sonrisas para mitigar los dolores del esposo ó del hijo: ella, bendita y encarnación de la Providencia en el hogar doméstico, porque no comprende su significación en la sociedad, no se toma interés por esta, no ejerce directamente la influencia benéfica que puede proporcionar y la indirecta que tiene por mediación de sus hijos ó del esposo; es corruptora y dañina.

La mujer ha de vivir en el hogar y para el hogar, esto es lo que se le enseña, y consecuente con la enseñanza allí despliega toda la ternura de sus afectos, su abnegación y heroísmo. Y con esta educación fermentada es evidente que no nace la mujer perfecta. Educada de manera que no vea otro mundo que el microscópico del hogar, ni otra vida y felicidad que la que piden sus hijos y su marido; aleccionada á que sólo debe sacrificarse ante el ídolo de la familia, es cierto que no ha de estimular el espíritu del esposo ó del hijo para que en la posición que ocupen se desvivan en interés y provecho de la vida social; todo lo contrario, ella inculcará con la más sana intención, que el cargo ó función pública que se desempeña, debe aceptarse á manera de propiedad que se la debe hacer producir el mayor lucro posible con el objeto de proporcionar á la familia un bienestar económico, ella con sus caricias insinuantes, con sus observaciones atinadas cuando se trata de asuntos de la familia, con la comunicación de sus presentimientos que pocas veces salen quimeras cuando de los suyos se trata, con estos y otros poderosos resortes sugerirá al marido el convencimiento de que los honores y las bendiciones que dan los pueblos no compensan las fatigas que se toman por estos ni llevan tampoco, y es lo que más interesa, un ápice de lucro ni una pequeña felicidad moral al seno de la familia.

Cuantas mujeres hay excelentes esposas, madres incomparables, bondadosas señoras con sus domésticos, discretas y sabias directoras en el hogar, todo bondad, previsión y heroísmo para la familia; y que sin embargo, cuando dirigen sus miradas á los acontecimientos sociales, esas miradas son vagas é indiferentes y si alguna vez fijan su atención y se les nota interés por ellos, es por lo que se relacionan con la felicidad ó desgracia, en la vida del hermano, del esposo ó del hijo. Y lo más grave del caso es que mirándolo todo bajo el prisma de ese egoísmo sublime para el hogar, pero dañino á la sociedad, impiden con todos los resortes de su influencia que sus hijos y sus esposos se abstengan de hacer efectivo con actos el alto sentido social que en muchos de ellos se ve.

Que cierto es que por la educación que hoy recibe la mujer el hogar es un centro de abnegación para la familia, pero un núcleo de egoísmo para la sociedad.

GALERÍA DE MUJERES NOTABLES.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.



HACE unos diez años apareció un nuevo nombre en la república literaria, tal era Evelio del Monte, cuyos notables y eruditos trabajos sobre la antigua y poética civilización greco-romana se publicaron en acreditadas Revistas de Madrid, Sevilla, Cádiz y Barcelona. Más tarde, diarios de tanta circulación como *El Globo* y *La Mañana* insertaban sus trabajos, que eran copiados por casi todos los periódicos de España y América, popularizando así el nombre de Evelio del Monte, pseudónimo de la ilustrada y joven escritora Josefa Pujol de Collado.

Nació esta señora en Cataluña, y aunque entusiasta del progreso moral y material de su país, no escribe en catalán, porque nuestra autora es de las que creen que el renacimiento de este idioma es tan sólo una manifestación de la prodigiosa actividad intelectual de nuestro pueblo, que necesita de dos literaturas, la catalana y la castellana, para expresar las aspiraciones del espíritu moderno en armónico consorcio con sus tradicionales glorias.

Diose á conocer en el mundo literario por su ver-

dadero nombre el año 1880 con la publicación de la magnífica Revista *El Parthenón*, que dirigió con notable acierto y en la cual colaboraban entre otros distinguidos escritores, Castelar, Alarcón, Núñez de Arce, Revilla, Pérez Galdós y Balaguer.

La Grecia antigua ha sido el tema favorito de sus profundos estudios; á ella ha dedicado nuestra escritora con decidida pasión su inteligencia y su fantasía conquistándose el nombre de *única escritora helenista de España*, en nuestros días. El distinguido escritor Sr. Güell, en un estudio crítico de las obras de la Sra. Pujol dice: "Siente un verdadero amor por estos estudios, posee en alto grado la facultad de transmitir las impresiones que en su ánimo estos especiales conocimientos dispiertan, y lo hace con caluroso sentimiento profesional, si así puedo expresarme, y con un estilo interesante, correcto y armonioso.

»Sus trabajos esparcidos en periódicos y revistas, son numerosos; lo bastante para formar con ellos un libro, digno de figurar al lado de algunos autores que, con disertaciones de esta índole, se han conquistado un nombre. Aprécianse debidamente estas buenas cualidades, en las monografías histórico-críticas, en una de las cuales, habla del oráculo de Delfo y del culto de Apolo; describe las transformaciones de los dioses de Oriente al pasar á Grecia en donde estos dioses se hermosean, se idealizan y elevan en la forma y en la significación. Nos presenta á Apolo emblema de las artes y de la paz, lazo de unión de los pueblos helenos, salido de Asiria, acogido amorosamente por el genio de Grecia; su culto es el más elevado, más espiritual del paganismo.

»En un breve pero profundo estudio sobre Horacio, retrata el gran poeta, tal como era, poseído de la inspiración helénica y al par henchido su espíritu de la idea romana.» Entre sus muchos trabajos podemos citar, *La filosofía griega*, *Los poetas greco-romanos*, *Roma y los bárbaros*, *Las cátedras de Alejandría*, *La ruina del paganismo*, Virgilio, etc., etc. Ha dado varias conferencias públicas en varios Ateneos, sobre Grecia antigua, considerándola bajo su triple aspecto filosófico, artístico y literario, atrayendo á la cátedra inmensa concurrencia.

Con el título de *Galería de mujeres ilustres*, ha escrito una colección de artículos biográficos de las principales heroínas de la antigüedad griega y romana. Bella y exacta es la semblanza de Cleopatra, de aquella mujer tan hermosa como astuta que supo detener por algún tiempo la amenaza de la esclavitud que sobre Egipto se cernía. Nada más bello y conmovedor que el relato del triste fin de la virgen Hipatia, de aquella primera víctima del fanatismo cristiano, en cuyos labios se apaga el último suspiro del mundo griego. Magistrales son los trazos con que relata á Zenobia, personificación del último y supremo esfuerzo que los pueblos de Oriente hicieron contra el poder romano; y se le admira aún más al describir á Semíramis, evocada de entre las brumas de los primeros tiempos de la Historia.

La Academia Gaditana de Buenas Letras, haciendo justicia á nuestra literata, la nombró académica de la misma, para cuyo acto de recepción escribió un concienzudo trabajo que versa sobre las *Causas que produjeron el engrandecimiento y la decadencia de Grecia*, modelo de lenguaje y que descubre en la joven y modesta escritora, una esmerada instrucción clásica y un juicio filosófico y político de primer orden.

Aparte de estos estudios serios y concienzudos, ha escrito diferentes trabajos literarios, una novela, *Angela*, que en breve publicará la importante casa editorial de los Sres. Espasa de Barcelona, *Por una apuesta*, *Un drama de familia*, *Un sueño de gloria*, y otras muchas.

Actualmente la Sra. Pujol de Collado vive en Madrid entregada por completo á la vida literaria. Dirige el semanario *Flores y Perlas*; es corresponsal activo é inteligente representante de nuestra ILUSTRACIÓN, consagrando á su desenvolvimiento todo el esfuerzo y entusiasmo de que es susceptible su carácter, por esencia organizador, colabora en las principales ilustraciones de España y es corresponsal de los principales diarios de América.

La discreta escritora Josefa Pujol de Collado, á pesar de ser muy joven, tiene ya bien cimentada una reputación literaria; con su preclaro talento y la febril actividad que le caracteriza, no cabe duda que le guarda un brillante porvenir la carrera de las letras.

MANUEL ESCUDÉ BARTOLÍ.

EXPLICACIÓN DE GRABADOS.

LA EMPERATRIZ MARÍA TERESA

DESPIDIÉNDOSE DE SUS HIJOS.

Cuadro de H. Merté.

No de los grandes nombres del siglo pasado pertenece, sin disputa, á la emperatriz María Teresa, que con su carácter heróico supo, no sólo adquirir el trono de sus mayores, sí que también conservarlo sosteniendo continuas luchas que le engrandecieron, elevándolo á un brillante estado de prosperidad y riqueza.

Por la pragmática-sanción que Carlos VI, emperador de Alemania y Austria, dió en 1740, debía su hija María Teresa ceñir la corona á la muerte de su padre, acaecida en 1740, pero las ambiciones de los electores de Sajonia y Baviera y del rey de España Felipe V surgieron de pronto, invadiendo el Austria y obligando á María Teresa á huir de Viena, refugiándose en Hungría, cuyos habitantes la proclamaron reina y defendieron sus justos derechos. Después de sucesos varios, logró sentarse, junto con su esposo el duque de Lorena, en el trono de sus mayores, y que este fuese nombrado emperador de Alemania, celebrándose en 1748 la paz de Aquisgram, que la confirmó en su imperio. Desde este momento, segura en el trono, no dejó por esto de ver su patria agitada por las guerras que sostuvo con Sajonia y Prusia, y las cuales aceleraron su muerte, acaecida en 1780.

Antes de morir esta gran reina, quiso despedirse de sus dos hijos, no sólo como se despide una madre de los seres más adorados del corazón, sino también como lo debe hacer una reina, madre de todos sus súbditos y cuya felicidad encomienda á su primogénito para que continúe la obra por ella emprendida y á la que deben coadyuvar todos los hermanos. Este crítico instante es el reproducido por nuestro grabado, copia del precioso lienzo de H. Merté. María Teresa en su sillón hace sus postreras recomendaciones á José II, emperador más tarde, mientras los demás príncipes las escuchan con el llanto en los ojos y el duelo en el corazón, al ver á su amada madre próxima á separarse eternamente de ellos.

La escena es triste, desconsoladora, pero crece aún más al recordar que esta gran reina fué la madre de María Antonieta de Lorena, reina de Francia, adorada largo tiempo por los franceses, que un día la llevaron á espirar al cadalso. ¡Qué distinta muerte la de María Teresa y su hija! Una rodeada de su familia, bendita y llorada por ella, va al sepulcro con cuantas satisfacciones son posibles en tan fúnebre situación, mientras la otra, maldita por un pueblo, hijo adoptivo, que ha visto perecer á su esposo y la ha separado desus hijos, marcha al calvario de su dolor por un camino de espinas, de recuerdos, lejos de su hermano, impotente en su empeño para salvar del oprobio del cadalso á la reina su hermana.

¡Qué contrastes tan terribles! Difícil es al primer momento entreverlos al mirar el magnífico grabado que sólo da idea del presente, pero que recuerda el entonces futuro y desgraciado suceso que sólo hemos apuntado, y del cual todas nuestras lectoras conocen algunas páginas de su sangrienta tragedia, no sólo por la calidad de las personas inmoladas, sino también por el excesivo número que sellaron con su sangre el odio ó el entusiasmo por la Revolución francesa.

LA MEJOR CENTINELA.

Cuadro de E. Anders.

EXISTE la preocupación general, errónea como otras muchas propaladas en ciertas clases de la sociedad, de que los hijos de las opulentas familias son abandonados á manos mercenarias para cuidarlos y alimentarlos. Seguramente que las personas autoras ó cómplices en tal aberración no son madres, pues estas quieren de tal modo á sus hijos, que comprenden la imposibilidad de no serlo física y moralmente, cualesquiera que sea el escalón de su fortuna.

No; las madres aman siempre con cariño, con abnegación sin límites, y no hay sacrificio por penoso que pueda ser, imposible para una madre, con tal de evitar á su hijo la más mínima pena ó leve disgusto. Si alguna vez se halla en la sociedad un sér que aparezca madre y no cumpla con sus deberes, es un monstruo, un aborto de la naturaleza que en vez de

perjudicar á las madres nos muestra patentemente los sacrificios de que es capaz el amor maternal, inagotable siempre.

Las preocupaciones vienen de otro lugar sumamente distinto. El poderoso tiene medios de servirse y hacer ejecutar su voluntad por sus criados, mientras el pobre necesita ser él mismo el servidor de sus deseos, no pudiendo confiar á nadie y bajo ningún pretexto, las faenas, por cansado que esté ó impropias que sean de su clase ó sexo. Esto, que de ningún modo indica que las madres ricas abandonen á su hijo, tórnase por tal sin explicación, sino á título de axioma, como si fuese moneda corriente.

Basta para dar al traste con tan ridícula teoría examinar un instante el grabado que reproducimos. La madre, que pertenece á clase elevada, cual indica la riqueza de la estancia y el escudo nobiliario grabado en el cristal de la ventana, no se desdeña de vigilar el sueño de su tierno infante, mientras ocupa sus delicados dedos en rica labor para adornar los pañales del pedazo de su corazón que inmediato á ella descansa.

La actitud tranquila y reposada de la madre, que tiene su pensamiento fijo en el tierno niño, la mirada amorosa que reconcentra todo su sér en el respirar del infante, y la dulzura y el cariño parecen exhalarle de tan interesante figura.

El sueño del niño, que en rica cuna descansa, es un prodigio de ejecución por la sencillez de las líneas, que viene ayudado por la entonación de la ropa que cubre la cuna y el traje de la madre. El adorno de la estancia, la claridad que penetra y el sol que calienta el niño, son detalles que sólo una madre arregla con aquel instinto innato que le hace comprender lo que siente y sufre el angelito que, no pudiendo expresar sus sentimientos, estaría aislado de la sociedad, sin la misteriosa interpretación que el amor de su madre hace de sus deseos y necesidades.

JOVEN PATRICIA DE AUGSBURGO.

Cuadro de Herman Philipps.

EL paso que se consultan los figurines modernos para elegir los trajes con arreglo á las necesidades y costumbres de cada momento, bueno es echar alguna vez una mirada retrospectiva y examinar lo que fué la moda en anteriores edades.

Sirve esto muy principalmente para educar el gusto con el examen de lo bello, comparando las causas modificantes que han hecho variar el traje de modos tan completos, en épocas que, relativamente, no son lejanas.

Para este estudio es lo mejor acudir al arte, quien por la escultura y mejor por la pintura, nos da á conocer de un solo golpe de vista la historia del vestido deseado.

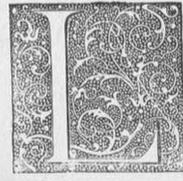
Por esto reproducimos hoy el cuadro de Herman Philipps, que representa el retrato de una joven patricia de Augsburgo (Baviera) como uno de los preciosos modelos en que se puede consultar el traje femenino de la Edad Media, tan apropiado al modo de ser de la época.

Parece á primera vista ridículo y casi innecesario el gran sombrero que adorna la cabeza de la joven, pero si se recuerda el carácter caballeresco de la época, la concurrencia á fiestas públicas al aire libre, los torneos, corridas de sortijas y espectáculos análogos, las anchas alas del sombrero son propósito para tales actos. Además, las jóvenes montaban bastante á caballo y es más aéreo un sombrero grande que da movimiento á la figura y se proporciona con la elevación de la persona.

Relaciónase con la cabellera suelta, no tan sólo la idea anteriormente emitida, sino también las prácticas cristianas, tan fervientes en la época, y que eran una de las principales obligaciones de las nobles doncellas.

Contrasta, además, notablemente, la sencillez del plegado de los trajes con el lujo que hoy se despliega; esto es racional: la industria brillaba entonces más por la calidad de las materias que por su perfección, y los ricos trajes se lucían mejor en sencillo plegado, que no con el gusto artístico moderno que hace depender la elegancia del traje de la riqueza y arte del plegado, lo cual marca ya de por sí una línea divisoria en la historia de la indumentaria.

REVISTA MADRILEÑA.



A velada que há pocas noches diera en el Ateneo de esta corte el joven poeta andaluz, D. Salvador Rueda, obtuvo lisonjero éxito y se vió favorecida por numerosa concurrencia.

Las composiciones más aplaudidas fueron, *El vino de Málaga*, *Pelando la pava*, *A ver á la novia*, *De juerga*, y otra titulada *Arcanos*, que si bien presenta el pensamiento algo velado, con todo pone de relieve notables cualidades poéticas en su autor.

El Sr. Rueda es un poeta de brillante imaginación, inagotable fantasía y grandes vuelos, dotado de un perfecto espíritu de observación, que en ocasiones dadas, con sólo la delicadeza de un detalle, reviste los asuntos que trata de encantadora verdad, sin desposeerlos por ello de las bellezas poéticas que siente y pinta admirablemente. Su poesía se inspira en la naturaleza y es siempre espontánea, vigorosa, llena de luz y elevados conceptos, por lo cual no vacilamos en asegurar que sin tardar mucho, y cuando se haya despojado de ciertos lunares que no es posible corregir en un día, el Sr. Rueda será uno de los poetas que más honren á la exuberante y rica escuela sevillana.

El público coronó la lectura de varias poesías con nutridos aplausos.

Nuestra vecina Francia ha prohibido la corrida de toros proyectada, defraudando así muchas esperanzas en flor. Aplaudimos la medida con todas nuestras fuerzas, pues creemos que de los países extranjeros, sólo se debe imitar lo que es bueno, nunca aquello que redundaría en desprestigio del mismo, y ya sabemos lo que significan y son las corridas de toros, en nuestro siglo diez y nueve: un paso atrás en el sendero del progreso, digan lo que quieran los aficionadores al arte de Pepe-Hillo.

El gobierno francés ha estado, pues, en lo justo prohibiendo el espectáculo.

Celina Chaumont es hoy el encanto de cierta parte del público madrileño familiarizado con el gusto literario que hoy priva en Francia.

La ingeniosa y chispeante actriz del *Palais Royal* atrae todas las noches á la *Zarzuela*, aparte de la colonia francesa, muy numerosa en esta corte, á la parte que podríamos llamar *afrancesada* de la sociedad madrileña: entre ese público figuran en número, no por cierto escaso, los que aplauden los chistes, las agudezas de la actriz, casi por intuición, no porque posean perfecto ni mediano conocimiento del idioma nativo de la notable artista.

Y, que es una artista notable, Celina Chaumont, no es posible dudarle después de haberla visto una noche en escena, por más que su arte no sea el arte propio para ser admirado de nuestro público. El público propio para Celina no es el público español, ni tan siquiera el público francés, sino exclusivamente el público que concurre al *Palais Royal*: fuera de su teatro, la actriz francesa seducirá un momento, arrancará aplausos si se quiere en instantes dados, pero no anegará el alma en esos dulcíssimos designios del arte, que el mismo arte provoca, cuando por su sublimidad llega al misterioso límite del infinito.

Hay en Madrid muchos padres de familia, muchos maridos, que no llevarán á sus hijas y esposas á ver la comedia de Sardou *Divorçais* á pesar del mérito artístico que en la interpretación de esta obra despliega la elegante actriz francesa.

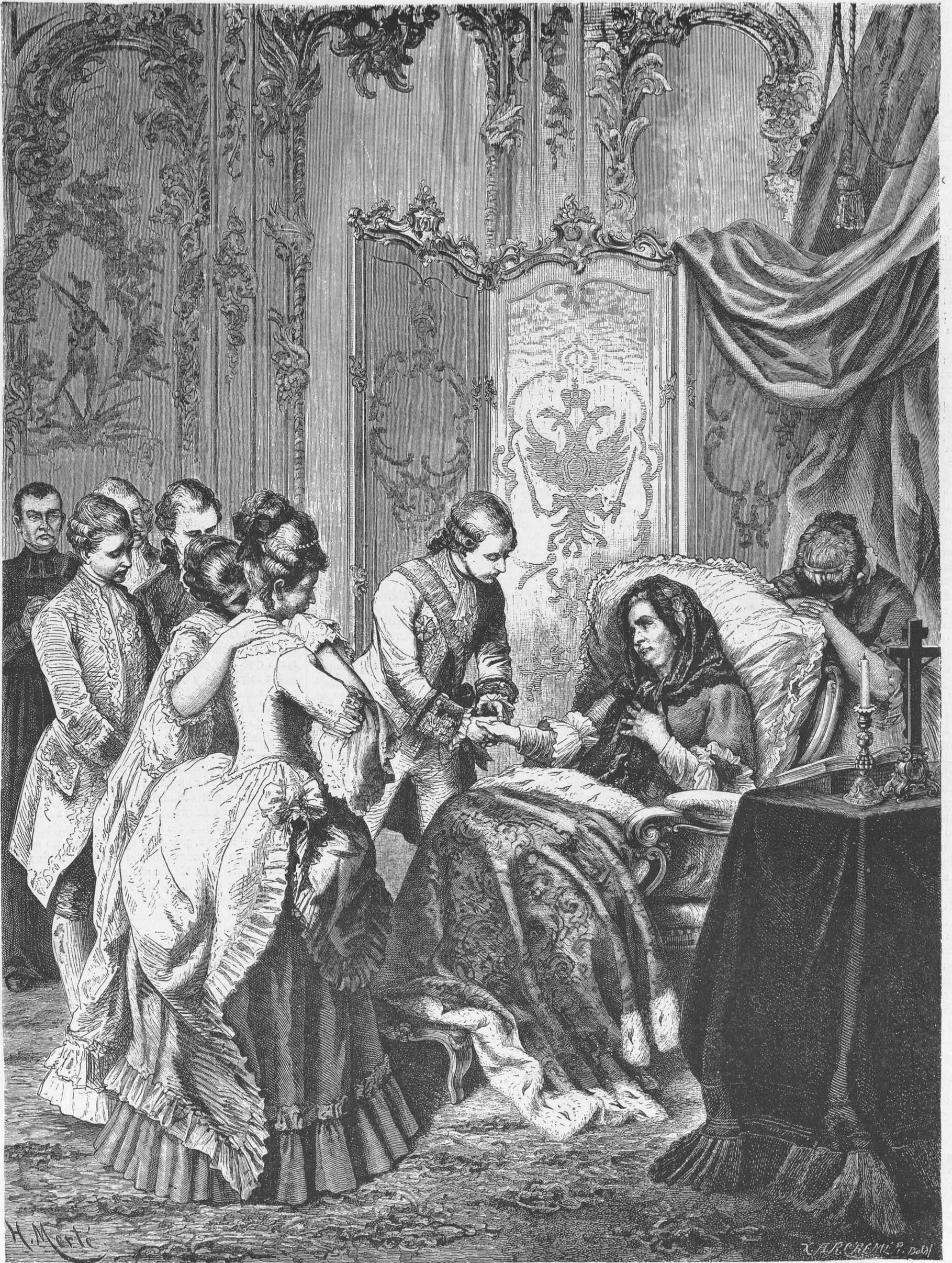
Y si hemos de confesar la verdad, diremos que de ello nos felicitamos por muchísimas razones, que no son de este lugar, y que de seguro no pasarán desapercibidas por nuestras adorables lectoras.

El arte tiene infinidad de matices y de gradaciones, y nosotros preferimos el arte sublime de Rossi, al arte flexible y ligero de Celina Chaumont.

Un día espléndido de primavera, rico en colores y perfumes, día en que el hermoso azul de nuestro cielo se ostentaba con todos sus encantos, correspondió en suerte, tras tan continuadas y tenaces lluvias, á la primera carrera de caballos de la temporada.

Hacemos gracia á nuestras lectoras de los pormenores de la fiesta; con pocas variantes, sus incidentes, sus emociones, sus sorpresas y las numerosas apuestas que se cruzaron, fueron las mismas de siempre.

En la tribuna de libre circulación se veía la *crème*



LA EMPERATRIZ MARÍA TERESA DESPIDIÉNDOSE DE SUS HIJOS, cuadro de H. Merté.

LA ILUSTRACION DE LA MUJER



S. M. la emperatriz de Rusia, María Feodorowna.



LA MEJOR CENTINELA, cuadro de E. Anders.

de nuestra nobleza y hermosura, distinguiéndose entre los espectadores el insigne trágico italiano Rossi y la actriz francesa Celina Chaumont.

El desfile, la parte más brillante del espectáculo, fué deslumbrador, vertiginoso, sobresaliendo entre aquella inmensa avalancha de coches que recorrían el anchuroso paseo de la Castellana, el *breaks* del conde de la Patilla, la *d'Aumont* de los opulentos marqueses de la Puente y Sotomayor, el *mais-coachs* de los duques de Fernán Núñez y la *briska* de los Sres. de Abrantes, ocupada por la simpática condesa de Villalba.

Algunos importantes periódicos de la corte se han ocupado del malogrado vate catalán, nuestro inolvidable amigo Joaquín María Bartrina, en ocasión de publicarse la cuarta edición de su tomo de poesías, titulado *Algo*, ilustrado por el distinguido artista señor Pellicer.

Nos complace y mucho cuanto tiende á popularizar el nombre y las obras de aquel ingenio especialísimo, duélenos tan sólo que, los literatos madrileños no se tomen el trabajo de leer detenidamente todas y cada una de las poesías de Bartrina, porque entonces, penetrados por completo del originalísimo pensamiento del poeta, rendirían á su memoria otros honores, más duraderos, que el efímero artículo literario nacido de la lectura momentánea de algunas de sus poesías sueltas.

Bartrina constituye por sí solo una poderosa personalidad poética no definida todavía; su *Algo*, más que un tomo de poesías, como tantos otros que entretienen la afanosa imaginación, es un grito misterioso salido de lo íntimo de aquella alma generosa, mal hallada entre las indecisas agitaciones de nuestro siglo, grito que halla eco profundo en todas las inteligencias, puesto que sus dudas, sus vacilaciones, sus arranques de fe y de escepticismo, responden perfectamente al angustioso estado moral, á la duda y á la incertidumbre que caracteriza y da tono peculiar á nuestra época, esencialmente deseosa de saber, y por lo mismo, entregada á la más terrible indecisión, viéndose frente á frente de pavorosos problemas, que abarcamos en conjunto es cierto, pero cuya solución no nos atrevemos á abordar con valentía.

Lo dijimos antes y lo decimos ahora, Bartrina no ha sido todavía suficientemente conocido, ni por sus paisanos, ni por el resto de España; su personalidad poética brillará con más fuerza que nunca, en los albores del siglo xx, y quizá de entre todos los poetas de su época, será el que mejor y con más encantador realismo habrá descrito nuestro actual estado de transición.

Mientras esperamos que la posteridad haga cumplida justicia á sus méritos, consignamos con gusto en las columnas de LA ILUSTRACIÓN DE LA MUJER nuestro sincero recuerdo al malogrado ingenio y al más cariñoso y bueno de los amigos.

No pondremos punto final á esta revista sin ocuparnos algún tanto de la conferencia dada en el *Fomento de las artes* por la distinguida profesora de instrucción pública D.^a Micaela Ferrer de Otálora.

El tema elegido por la conferenciante, fué el tan debatido de *la emancipación de la mujer* y de él sacó la Sra. Ferrer algunas acertadas conclusiones, sintiendo en el alma no poder decir que en todo lo que expuso estuviera acertada. En algunos puntos concretos, su criterio es muy distinto del nuestro.

Convenimos con la ilustrada conferenciante respecto á la necesidad imperiosa de que se dicten castigos severos para los corruptores de la mujer, se abran asilos donde las huérfanas desvalidas encuentren amparo y protección, y pueda la mujer casada defenderse, merced á la ley, de los malos tratamientos de un esposo indigno; pero no podemos en modo alguno juzgar como la Sra. Ferrer el arduo problema de la elección de carreras por la mujer que tenga aptitudes bastantes para ello.

No vemos el peligro de que se establezca rivalidad entre los dos sexos, desde el momento que la mujer pueda elegir libremente carrera; en caso de despertar algún movimiento este acto progresivo de la mujer, sería el de la emulación, y todos sabemos que la emulación es necesaria para el desarrollo de las inteligencias, y mejoramiento de las generaciones.

En nuestro sentir, no porque un número determinado de mujeres se dedique al estudio de una carrera se verán los hombres precisados á ejercer los oficios caseros, sinó que las ventajas que reporte esa etapa progresiva de la mujer, cuando se ponga en práctica, serán en primer lugar un desarrollo siempre apre-

ciable de la inteligencia femenina, que se puede aplicar á diferentes actos de la vida social y familiar, y además una seguridad verdadera para el porvenir, si las aciagas circunstancias privan á la mujer del apoyo cariñoso del marido, y se ve precisada á atender á la subsistencia de sus hijos.

No creemos nosotros que baste á la mujer, para cautivar al marido, el ascendiente poderoso, no lo negamos, del cariño y la dulzura; esta cuerda misteriosa del humano corazón, sabe hacerla vibrar la mujer con perfecta maestría desde que nace; importa también, que la mujer, además de hacerse amar por el compañero de su vida, tenga criterio propio y opiniones arraigadas para constituir una entidad social respetable y respetada. Dando amplia y generosa educación á la mujer, se abrirán extensos horizontes ante ella, y cada una podrá elegir el género de vida, los estudios á que se sienta llamada. No porque algunas mujeres emprendan el estudio de una carrera, todas deberán hacer lo mismo, sinó tienen disposiciones para ello, ni creemos que semejante idea haya abrigado la Sra. Ferrer para el desarrollo de su conferencia. Sabemos que entre los hombres se tiene por la cosa más sencilla poder elegir carrera, puesto que están plenamente autorizados por las leyes y las costumbres; con todo, ¿siguen todos los hombres carrera? no, el número de los que se dedican á ese género de estudios es el mínimum; por cada sabio hay millares de seres adocenados y vulgares, por cada hombre de letras, un número infinito de sus semejantes dedicados á oficios groseros y humildes á causa de su limitada inteligencia: pues lo mismo sucederá con las mujeres. Debidamente instruidas, siempre la mayoría de ellas se dedicará á la vida apacible del hogar, al desarrollo de las pequeñas virtudes, pero será por su voluntad, no como ahora forzadas por la costumbre y por la ley, que nada rebela tanto á las almas nobles y dignas, como una imposición injusta, y sólo aquello que acatamos por convencimiento, es duradero y meritorio.

Creemos incompatibles las dos ideas principalísimas que sostuvo la Sra. Ferrer durante su conferencia; en nuestro sentir, no es posible dar instrucción lata á la mujer, vedándole su ingreso en las esferas que, merced á esa misma instrucción, pueda columbrar, si se halla dotada de clarísima inteligencia. Dios ha dado alas al pájaro para que vuele y no reconozca obstáculos en el ancho espacio; á la mujer y al hombre les ha dotado de inteligencia suficiente para elevar el alma á esferas llenas de luz. Sería cruel, muy cruel, dejar entrever á un ciego por un momento la hermosa luz de los cielos y luego sepultarle perpetuamente en las tinieblas: la mujer ignorante es una pobre ciega que vaga afanosa por las sendas del error; dad á su inteligencia la luz de la ilustración y la verá transformarse como se transforma la flor bajo el benéfico influjo del sol. Cuando más absorta se halle en la contemplación del hermoso mundo de la idea, cuando su alma se prepare á tender su vuelo por la esfera del saber, mostradle de repente, severos é iracundos, el terrible: *¡No pasarás!* que formula á todas horas el egoísmo del hombre, y el pájaro plegará tristemente sus alas, la flor se doblará mustia sobre su tallo, y la mujer se convertirá en un sér desdichadísimo mal hallado con su suerte y siempre dispuesto á mirar al hombre, más que como á su compañero, como á su tirano. Porque todavía la criatura humana no ha llegado á un estado tal de perfección que le permita besar la mano de quien injustamente la castiga.

En la eterna cuestión de la mujer tal y como se halla planteada en nuestros días, no hay más que dos dilemas: ó dejarla en la más crasa ignorancia, ó darla completa y amplia educación.

Con lo primero, el hombre hallará en la compañera de su vida una cosa, un objeto, un mueble de lujo, todo menos un alma; con lo segundo, se dotará á la sociedad de un sér inteligente, al hombre de una compañera amante y bondadosa, á los hijos, de una madre solícita, pronta siempre á abreviarles las dificultades de la vida, poseída de la trascendental importancia de su augusto ministerio.

Sin espacio para seguir ocupándonos de la conferencia de la Sra. Ferrer, dejamos tan sólo consignado, aparte de las reflexiones que anteceden, nuestra satisfacción por el brillante estilo con que desenvolvió su tesis. El público no le escaseó sus aplausos. Muchas señoras asistieron á la conferencia.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid 8 Mayo 1884.

REVISTA DE BARCELONA.



ON esa rapidez inmutable que plugo al Supremo Hacedor conceder al tiempo, hemos salido de un invierno bonancible para entrar en una primavera, cuyos días, lluviosos ó nublados, nos impiden gozar con toda su plenitud de esa hermosa estación, en que parece que la tierra se propone mostrar al hombre los deliciosos encantos que Dios concedió á nuestros primeros padres en el espléndido paraíso terrenal. No obstante, preciso es confesar que en Barcelona es quizás el presente año, el que á pesar de muchos días sin sol, mejor hemos podido apreciar las bellezas de esta época cantada por todos los poetas del mundo, pues como nuestras calles y paseos se hallan faltos del riego necesario, las nubes de polvo que levanta el viento nos impiden, cuando hay escasez de lluvias, admirar con todo el esplendor de ahora, la frescura y lozanía de nuestros frondosos árboles, cuyas hojas tersas y brillantes aparecen á nuestros ojos, ostentando en todo su apogeo ese hermoso color verde escogido por la humanidad para simbolizar uno de los más gratos consuelos del alma: la esperanza.

En esta época de mariposas y ruiseñores, de rosas y claveles, de noches llenas de poesía y brisas impregnadas de perfumes, tienen lugar en nuestra ciudad dos grandes festividades literarias. Los Juegos Florales y el Certamen de La Juventud Católica. Los poetas catalanes han escogido la época de las flores para dar á conocer las que el sentimiento y el estudio hace brotar en su privilegiada inteligencia.

La fiesta de los Juegos Florales, que cuenta ya veinte y seis años de su restauración, se ha efectuado con la brillantez y solemnidad de siempre. A la una de la tarde del día 4 de mayo, en el grandioso salón de contrataciones de la casa Lonja, artísticamente decorado por los reputados adornistas Sres. Vilanova con banderas de la antigua nacionalidad catalano-aragonesa, con sus altas columnas rodeadas de laurel y mirto, con sus artísticos grupos de palmeras, sus paredes tapizadas de damasco carmesí, formando grandes plafones con elegantes escudos en los que se leían los nombres de los maestros en Gay Saber y el de los poetas ó artistas fallecidos durante el año y el magnífico trono para la reina de la fiesta, adornado con un bello dosel de terciopelo encarnado con flecos de oro, presentaba un deslumbrador efecto.

Abierto el acto de la repartición de premios por D. Aquilino Herce, gobernador civil de Barcelona, el presidente del consistorio, Excmo. Sr. D. Manuel Durán y Bús, leyó un erudito discurso que fué interrumpido distintas veces por los entusiastas aplausos del auditorio, siendo recibido con iguales muestras de aprobación el discurso del secretario Sr. Franquesa y Gomis. Abiertos los pliegos que contenían los nombres de los poetas premiados, resultó serlo con la flor natural el reputado poeta D. Francisco Matheu y Fornells, quien eligió para reina de la fiesta á la bella señora D.^a Irene Arxer de Sanromá, la que entre los acordes de la música y los aplausos del público, pasó á ocupar el sillón del trono.

Los demás premios y accésits se concedieron á los distinguidos literatos Sres. D. Jaime Collell, Picó y Campamar, Apeles Mestres, Federico Soler, Riera y Bertrán, Bassegoda, Agulló, Bertrán y Brós, Mr. Pierre Coustreit, Emilio Vilanova y Narciso Oller.

El reputado poeta del Rosellón Mr. Justin Pratx, terminó el acto con un inspirado discurso que fué calurosamente aplaudido, pues el público tuvo gran placer en rendir esa justa muestra de aprecio al distinguido escritor que acaba de traducir en sonoros versos franceses la celebrada *Atlántida* del laureado poeta D. Jacinto Verdager, después de haber dado á la prensa un erudito estudio sobre el renacimiento de la literatura catalana. Su indiscutible mérito, su entusiasmo y cariño á nuestro país, no podían menos que grangearle afectuosas simpatías entre todos los amantes y cultivadores de las letras patrias. Reciba el ardiente propagandista del renacimiento catalán, en la otra parte de los Pirineos, la viva expresión de agradecimiento que en estos breves renglones, le incluye la última de las escritoras catalanas.

El Certamen de La Juventud Católica, celebrado en el Claustro del Seminario Conciliar de Barcelona, bellamente decorado por el Sr. Viñals, tuvo lugar el 27 del pasado abril, presidido por el Excmo. é ilus-

trísimo Sr. Obispo de la diócesis. Una numerosa y distinguida concurrencia llenaba el local destinado á los invitados, siendo obsequiadas las elegantes señoras que concurren á dicha fiesta con bonitos ramos de flores.

Después de un poético discurso del señor presidente de la sección catalanista, D. Antonio de Palau, y de una memoria del joven escritor señor Feliu, secretario del jurado, se abrieron los carpetes que encerraban los nombres de los autores laureados, siéndolo con el premio de la flor natural, el inspirado poeta D. Sebastián Trullol, quien hizo reina de la fiesta á la linda Srta. D.^a Francisca Pons, que vestía riquísimo traje de gran cola, de damasé rosa y tapicería creme, con ramos tejidos de flores y airosa mantilla de blonda blanca, sujeta al pecho con un artístico imperdible con las armas de Cataluña.

Salieron premiados en dicha fiesta, los conocidos poetas y escritores Sres. Serra y Marsal, Masriera, González de Quijano, Miró, Soler, D. Leoncio, Verdager, Palau y Huguet, Rdo. Parassol y Taltabuit, Casademunt, Omar, Rimbau y la humilde autora de estas líneas.

En obsequio á los señores premiados en los Juegos Florales tuvo lugar un espléndido banquete en el restaurant de Mr. Justin, y una brillante velada literaria en el local de la Juventud Católica, en honor á los poetas laureados en el certamen de la misma.

Así han terminado esas gloriosas luchas de la inteligencia, que tanto contribuyen á enaltecer el sagrado fuego de la Fe, de la Patria y del Amor.

Poco hay que decir de reuniones particulares: después de la época del carnaval, han sido en escaso número las que se han dado en nuestra condal ciudad.

Los Sres. de Pérez dieron un brillante concierto la noche del 14 del pasado abril, en el que alcanzaron espontáneos aplausos las Srtas. Burgés y Castellá y los Sres. García Robles y Julio Pérez. La bella señorita de la casa, que vestía elegante traje de damasé blanco, contribuyó á la mayor amenidad de la velada, recitando con admirable primor y sentimiento composiciones de Espronceda y del laureado vate catalán Sr. Martí y Folguera.

Entre la escogida concurrencia, recordamos á las distinguidas Srtas. Mercedes y Ventura Gibert y Lola García elegantemente vestidas de luto, Amparo Olivar y María Pérez, raso y granadina rosa, Tell, negro y rosa, Fabra, Castellá y Carbonell, raso blanco y Quet falda blanca y cuerpo de terciopelo negro.

Los Sres. Pérez obsequiaron á sus invitados con un bien servido *lunch*, después del cual se bailó animadamente hasta las dos de la madrugada.

Nuestra elegante sociedad tiene en la actual primavera extenso campo para disfrutar según sus aficiones, pues en nuestros teatros actúan selectas compañías así líricas como dramáticas.

El gran teatro del Liceo cuenta con dos grandes eminencias, Masini y la Cepeda, que hacen las delicias de inteligentes y profanos, alcanzando verdaderos triunfos en la *Lucrecia* y *Hugonotes*, en que ambos rayan á gran altura.

La presente estación permite, sinó más riqueza, más elegancia en los vaporosos trajes del bello sexo y los palcos platea y anfiteatro producen un efecto verdaderamente deslumbrador.

En el teatro del Circo se representa con grande éxito la preciosa ópera de Verdi *Aida*. La estudiosa compañía que actúa en dicho coliseo se esmera en la interpretación de sus respectivos papeles, y el público premia sus afanes asistiendo con asiduidad á sus representaciones, no escaseando sus aplausos á la inteligente Sra. Rusell y Borgani, que tan bien sostienen la comparación con las eminentes artistas que les han precedido en Barcelona en la difícil interpretación de dicha ópera.

Los teatros de Santa Cruz y Romea se ven constantemente favorecidos por un público ansioso de tributar á la eminente actriz Srta. Mendoza Tenorio y á los celebrados actores Vico y Mario, los aplausos que su talento, estudio, naturalidad y arte merecen.

En el teatro de Santa Cruz, gozan de generales simpatías las distinguidas actrices Martínez y Rodríguez. Esta última debutó el día 7 con la bonita comedia *Los dulces de la boda*, en cual producción puso de relieve notabilísimas cualidades para el arte escénico.

Con extraordinario éxito se ha representado en

el teatro Español *La Creu trencada*, obra del malogrado poeta D. Alfonso Solá, fallecido hace un año, cuando apenas contaba veinte y uno de su existencia y cuando su talento y excelentes prendas de carácter le auguraban un brillante porvenir. El éxito del drama que nos ocupa, prueba que los elogios que se le tributaron en su muerte, no fueron ni excesivos, ni apasionados, pues su producción más que de novel poeta, es de autor consumado.

Así lo ha reconocido el público, que ha aplaudido con verdadero entusiasmo sus más culminantes escenas.

La ejecución fué esmerada por parte de la notable compañía catalana que actúa en dicho teatro, por lo que no dudamos que la obra póstuma del malogrado poeta, ha de proporcionar excelentes entradas á la empresa.

El sabio catedrático y reputado director del Manicomio Nueva Belén, acaba de ser agraciado con el título de jefe superior de nuestra Universidad. Felicitamos al ilustre catalán por tan merecida distinción.

DOLORES MONSERDÁ DE MACIÁ.

10 mayo 1884.

CRISTINA DE PISAN.

(CONTINUACIÓN.)



ORIGINARIA de Venecia, donde su padre Tomás de Pisán, célebre jurisconsulto y político, había llegado á ser consejero de la República, Cristina fué á Francia á la edad de cinco años, pues el rey Carlos V, animado de un gran celo por la gloria de las letras y queriendo que su reino brillase *por toda ciencia*, sabedor de la justa reputación de Tomás, de su maravilloso conocimiento de la influencia de los astros en las enfermedades del cuerpo y los sucesos del mundo, le atrajo á su corte ofreciéndole un elevado puesto cerca de su persona.

Ninguna época de la historia de Francia presenta un cuadro más lamentable que el que se ofrece á la vista de quien recorre los anales del siglo xiv. Todo se derrumba; la dignidad real se envilece en la persona de un soberano que no titubea en recurrir á los más vergonzosos manejos; el pontificado se ve insultado en Bonifacio VIII, y el espíritu caballeresco que tantas heroicidades había engendrado, muere en el cadalso con el mismo golpe que dejó caer la cabeza del Gran Maestre de los Templarios.

«Nada existe de lo que en otro tiempo admiraba; el reino entero se convierte en cenizas, y al ver por do quiera huellas de sangre y de fuego, no podía contener mis lágrimas, pues no soy de aquellos seres en quienes el amor patrio hace aborrecer á las demás naciones.»

Así exclamaba el gran Petrarca, y sus palabras no eran el fruto de las exageradas visiones de un poeta.

La inteligencia y la imaginación no podían desarrollarse en medio de tantas desgracias, ni entregarse á poéticas ficciones cuando la triste realidad sobrecogía con tanta violencia los corazones.

El idioma experimentó una terrible crisis; la verdadera lengua de la edad media desaparece en el siglo xiv, se transforma en el siguiente y con elementos nuevos en el vocabulario y la sintaxis se convertirá más tarde en la lengua francesa.

La poesía experimenta tales conmociones, perdiendo la prosodia latina, fundada en la cantidad de las sílabas, introduciendo poco á poco el elemento de la rima, primero en forma de asonancia, y luego convirtiéndola en condición esencial de la poesía francesa, el verso de diez sílabas dejando el puesto al alexandrino, único usado en la poesía seria; todo esto es causa más que suficiente para explicar la carencia de poetas que se nota en el siglo xiv. Sólo la prosa se libra de esta decadencia y Eustache Deschamps y Froittart recuerdan en trozos llenos de gracia las inspiraciones del siglo anterior, y á ellos no tardará en unirse Cristina de Pisán, que habrá de brillar más que todos, por la sencillez y pureza de su estilo, por la belleza de sus concepciones y por su vasta erudición.

Tal era el cuadro que presentaba la literatura francesa cuando llegó á París la niña Cristina. Llegada á la corte desde su temprana edad, no tardó en adquirir la elegancia de las nobles damas que la frecuentaban y la afición al estudio de las letras, de

cuya cultura se veía animada por los precoces ensayos del príncipe Carlos de Orleans. Su inclinación natural llevábala sin embargo á estudios más serios, y su mayor placer consistía en recibir las lecciones de su padre, que la enseñó el latín y el griego y la condujo de la mano á través de los tesoros de la antigüedad.

Fácil era la misión de Tomás; pues, según la misma Cristina nos dice: «Del mismo modo que el niño se afana en primer lugar en estudiar el *a-b-c*, así me entregué yo al estudio de las historias antiguas desde el principio del mundo, yendo de los Hebreos á los Asirios, y de los Romanos á los Francos y los Bretones.»

El estudio de la historia no estaba en aquella época facilitado por buenos tratados, cuadros cronológicos, sinópticos ó mnemónicos como hoy; era necesario leer en griego y en latín los escritos de Herodoto, Pausanias, Polibio y Tito Livio, y pocas mujeres osaban consagrarse á tan arduas tareas. A pesar de estas dificultades, á los doce años Cristina conocía á fondo la historia.

A la edad en que todas sus compañeras juegan con las muñecas, ella pasa días enteros estudiando á Plutarco y á Virgilio é inclina horas y horas su rubia cabeza meditando los profundos escritos de Sócrates y Platón.

Nueve años después de su muerte, en 1440, Martin Le Franc decía de ella:

«Cristina fué Tulio y Catón,
Tulio, porque en elocuencia
tuvo la rosa y su capullo,
y Catón, por su saber.»

Todos los que de esta escritora han hablado concuerdan en su belleza y su gracia, en sus maneras distinguidas y en la tierna expresión de sus ojos. La belleza de su rostro igualaba la de su alma.

El estudio del bello estilo, las dulces conversaciones con los poetas: tales eran los más agradables pasatiempos de Cristina; y lo que la reposaba de las continuas fiestas á que asistía y de las que por su edad, su genio y su gentileza era uno de los mayores encantos.

«Entregueme, nos dice (1), al estudio de los poetas, y grande fué mi contentamiento cuando hube encontrado un estilo mío natural, deleitándome con sus enseñanzas ocultas bajo ficciones morales y con su prosa deducida por bella y pulida retórica.»

Muchos fueron los que aspiraron á la mano de Cristina, y tal vez su padre acariciara la dulce ilusión de verla unida á alguno de los nobles señores de la corte de Carlos V, y quien sabe si este sueño se hubiera realizado si la joven no hubiera tenido en más estima las virtudes, el verdadero mérito y el saber que la riqueza y el brillo de una elevada posición social. El que ella distinguió fué un hidalgo picardo, llamado Esteban de Castel, que por toda riqueza poseía su ciencia y sus escritos. La decepción de Tomás de Pisán debió mitigarse al ver que el rey, queriendo darle una nueva prueba de estimación, nombró á Esteban su notario y secretario privado. Tranquilizado así sobre la suerte de su hija, sólo pidió al cielo le concediera algunos años de vida para gozar de la naciente dicha de los nuevos esposos. ¡Ay! debía vivir bastante para verla acabar!

VICENTE SANCHO DEL CASTILLO.

(Concluirá).

MISCELÁNEA.

La mujer de su casa

Una distinguida escritora, probando lo pernicioso que es para la sociedad esa educación puramente casera y para el hogar que desgraciadamente hoy se da á la mujer y con especialidad en nuestro país, se vale del siguiente ejemplo que, en el fondo, vemos repetido continuamente en la vida, y que sirve para hacer patente la verdad que dicha señora sostiene: «Un hombre maltrata á una mujer, á un niño ó á otro hombre; un agente de la autoridad abusa de ella y del arma que lleva contra un pobre diablo á quien golpea; con dos señoras pasa un caballero, es decir, una persona bien vestida, que, no obstante, es todavía hombre, y se indigna al ver el infame abuso de la fuerza y va á emplear la suya para evitarle; pero las mujeres con quienes iba, le cojen una por cada lado, se apuran, se afligen, le dicen que se comprometerá, que tendrá que ver con la justicia, que se perderá, que se acuerde de sus hijos con otras mil cosas que exponen, al compás de los esfuerzos que hacen para llevarlo lejos del que necesita apoyo y del que

(1) Visiones de Cristina de Pisán.

necesita freno, y se lo llevan. Este cuadro da una idea del papel que con frecuencia representa la mujer en la sociedad cuando las virtudes del hombre salen del hogar y de la familia.»

En los últimos exámenes de la Academia de Taquigrafía de Barcelona, curso del Sr. Baños, han obtenido la nota de sobresalientes las Srtas. Pilar Anglada y Carmen

LA MUJER. Creemos que satisfactoriamente hemos cumplido con los solemnes compromisos que contrajimos al consignar en el prospecto de nuestra publicación cuales eran los fines que esta se proponía realizar.

La emancipación intelectual de la mujer, que la razón y el buen sentido reclaman, ha sido nuestro

culos para que desenvuelva libremente su inteligencia, ha sabido elevarse á las regiones de la ciencia y las artes, contribuyendo así á la glorificación de su sexo.

Al ver la simpática acogida que ha tenido LA ILUSTRACIÓN por parte del sexo bello y de la prensa toda, sentimos que nuestras fuerzas toman aliento y,



JOVEN PATRICIA DE AUGSBURGO, cuadro de Hermann Philipps.

Verdaguer.—Al dar á estas distinguidas Srtas. nuestra enhorabuena, recordaremos de paso que el estudio de fotografiar la palabra es otra de las numerosas profesiones que es propia del desempeño de la mujer y que hoy por inconcebible injusticia la monopoliza el hombre.

IMPORTANTE.

Con el presente número queda terminado el tomo correspondiente al año primero de la ILUSTRACIÓN DE

único empeño. Con nuestros esfuerzos y con los de discretas plumas que nos honran con su colaboración, hemos sostenido sin ambages nuestro criterio; poniendo las columnas de LA ILUSTRACIÓN á disposición de nuestras abonadas para que vertiesen sus pensamientos, las hemos estimulado á que den un mentís á la ignorancia que tiene respecto de ellas el vulgo, y con la publicación en cada número del retrato y biografía de una mujer notable, hemos querido significar que esta en todos los tiempos, á pesar de las preocupaciones que les ponen óbices y obstá-

libres ya de los temores de entonces, nos aprestamos á proseguir con más ahinco lo que hace un año nos propusimos.

Con el próximo reparto distribuiremos á nuestras suscriptoras una elegante portada de este primer tomo de nuestra publicación y el índice detallado de las materias en el mismo contenidas.

Barcelona: Imprenta de Luis Tasso, Arco del Teatro, 21 y 23.



Correspondiente al núm. 24 de «La Ilustración de la Mujer»
Barcelona 15 de Mayo de 1884.



1 à 3.—Trajes de desposada y de ceremonia.

SUMARIO:

TEXTO: Revista de salones y modas, por Doña Josefa Pujol de Collado.— Explicación de los grabados, por F.—Revista de París.—La virtud de una mujer, por Iris.—El pecado de Magdalena, novela original de *** (Conclusión).—Sección recreativa.

GRABADOS: 1 á 3. Trajes de desposada y de ceremonia.—4. Toilete de casa.—5. Capota fruncida.—6. Sombrero de paja forma redonda.—7. Sombrero redondo de paja blanca.—8. Sombrero redondo con las alas vueltas de un lado.—9. Capota de encaje.—10. Traje de primavera con chaqueta corta.—11 y 12. Trajes de casa para señora y niño.—13 á 21. Panorama de trajes de media estación.—22 y 23. Trajes de paseo.—24.—Negligée elegante.—25. Matinée elegante.—26. Espalda del n.º 25.—27. Sombrero de paja copa alta.—28. Sombrero contrabandista.—29. Sombrero de paja oscuro.—30. Capota con horquilla diadema.—31. Traje de paseo.—32. Capota de estrella de paja.—33. Modelo 30 visto por detrás.

FIGURÍN ILUMINADO. Trajes de casa y de paseo.

REVISTA DE SALONES Y MODAS.



IGNA de inolvidable y grato recuerdo fué, queridas lectoras mías, la brillante reunión que há pocos días tuvo lugar en casa de los señores de Ruíz. A ella asistieron, entre otras muchas personas que no recuerdo, las señoras y señoritas de Contreras, Ortega, Trelle, Bárcenas, Soler, Vega, Domínguez de Alcahud, Ruíz de Salazar, Guerra, Tallera y Guerrero.

La lindísima comedia *Mi secretario y yo* dió ocasión á las señoritas de Ruíz y Guerrero para evidenciar sus aficiones y facultades respecto á la carrera escénica, obteniendo, como era consiguiente, en el desempeño de sus respectivos papeles, entusiastas y merecidos aplausos.

Serían poco más de las once cuando terminó la función teatral para dar lugar á un animado baile, que aprovechó con gusto el elemento joven allí reunido, y del cual fué el alma la graciosa y simpática hija de los dueños de la casa, Concepción Ruíz.

Las comidas que se celebran los domingos en casa de la duquesa de Bailén, gozan cada día de mayor renombre y justa fama, puesto que además de reunirse en ellas las personas más notables de la buena sociedad madrileña, pónese de relieve en su organización el exquisito tacto y el inagotable buen gusto de la amable dueña de la casa. A la penúltima de las comidas dadas por la duquesa de Bailén, concurrieron los duques del Infantado, los condes de Casa-Valencia, la marquesa de Somosancho, el marqués de Valdeiglesias, el Sr. Cánovas del Castillo y los señores ministros de Hacienda, Guerra y Gobernación con sus respectivas señoras.

Para el baile campestre que preparan los marqueses de la Puente y Sotomayor, se están confeccionando en los talleres de nuestras más inteligentes modistas bellísimos trajes primaverales, que adornados de flores lucirán con su proverbial donosura aristocráticas madrileñas, gala y ornato de suntuosos salones. La proyectada fiesta dícese que será notable y digna de que en su animada descripción se detengan algo más de lo regular las plumas de nuestros revisteros de salones; no lo dudamos ni un solo momento, pues hartos nos consta el buen gusto y la esplendidez que preside á todas las fiestas que organizan los señores de la Puente y Sotomayor. La buena sociedad madrileña, comprendiéndolo así, concurre con gusto al precioso hotel que en la Castellana poseen los mencionados señores.

Con objeto de celebrar la llegada á Madrid del castizo escritor Sr. Pereda, el conocido literato don Luis Alfonso dió, según noticias que hemos adquirido, una brillante velada literaria, en la que leyeron poesías los Sres. Novo y Colson, Ferrari y Pleguezuelo. El dueño de la casa leyó un precioso capítulo de la novela de Pereda *Pedro Sánchez*, cuya lectura interrumpieron frecuentemente los aplausos de la inteligente concurrencia.

El Sr. Pereda ha salido de Madrid con dirección á Valencia y Barcelona.

El mes de mayo, mis queridas lectoras, entre oleadas de perfumes envuelto con los hermosos rayos del sol, nos ofrece gracioso conjunto de novedades que, nacidas al calor de la fantasía francesa, toman carta de naturaleza en nuestra España, modificándose algún tanto en lo que se refiere á las creaciones de la diosa Moda. Ella, solícita y diligente, constante enamorada de la hermosura femenina, no descansa un minuto en la graciosa tarea de realzar la belleza de la mujer, acudiendo, para lo-

grar su objeto, al abundante arsenal de cintas, encajes, rasos, terciopelos y brillantes telas, que confecciona y pone á su alcance la infatigable industria humana.

Durante el mes de abril se delinearon vagamente las creaciones llamadas á alcanzar todo su desarrollo en el último tercio de la primavera y estío, pero con el mes de las rosas, con el florido mayo, tomaron forma y color lo que antes sólo pudo considerarse como proyecto ó conjetura más ó menos acertada.

Tembloroso, incierto del porvenir que le reservaba la suerte, distinguíase en los escaparates de nuestras tiendas de modas el sombrero redondo, relegado al último término, como temeroso de que la voluble diosa que preside á las evoluciones del traje femenino le condenara á desaparecer de la movediza esfera de acción destinada á la moda; pero hoy, merced á uno de los más recientes decretos de la amable diosa, el sombrero redondo se ostenta orgulloso, seguro de su victoria, en los almacenes de modas. Reinará sin rival durante el verano, sirviendo de complemento á los trajes campestres, sin que por ello deje de ser la aristocrática capota el sombrero predilecto para visitas, en pajas trenzadas ó retorcidas, en tornasol y crêpones bordados, sin olvidar la paja llamada de Manila; es seguro que la moda ofrecerá rica variedad para los sombreros, si bien ajustándose principalmente en las dos formas que dejamos apuntadas, y siempre partiendo del principio que los sombreros redondos serán de gran tamaño.

Las sombrillas más de moda son las de *surah* bordadas con lazos de raso por todo adorno, y asimismo las de *foulard* con encajes á su alrededor y ramo de flores bordado á un lado.

De ese color de rosa pálido que tan bien sienta á las rubias, hemos podido admirar un lindísimo traje de primavera, que no vacilamos en asegurar puede conceptuarse como un perfecto modelo de la más acabada elegancia. Era de cachemir, tela apropiada como la que más, á la época del año que atravesamos. Plegada á grandes tablas la falda, con polonesa abierta por delante sobre un chaleco de terciopelo marrón oscuro, con botones de plata, encaje crema al rededor del escote y mangas de codo provistas también de volantitos de encaje, no es posible describir modelo más sencillo y encantador, coronado por un precioso sombrero tornasolado con grupo de plumas rosa y lazo de terciopelo marrón oscuro, sujeto artísticamente con un broche de plata. Acompañaba al traje que acabamos de describir una airosa manteleta de granadina, forrada en seda y bordada de cristal, con encaje negro á su alrededor. La hechura de esta manteleta, por demás sencilla, consistía en dos puntas cuadradas que caían por delante á lo largo del vestido, formando por detrás elegante postillón ceñido al talle y manga bastante ancha.

Como en esta época del año muchas madres preparan á sus infantiles hijas para la primera comunión, justo es que dediquemos algunos párrafos á cuanto tenga relación con la tiernísima ceremonia que dispone á las niñas, no sólo á la comprensión de uno de los más solemnes misterios religiosos, sino que es el heraldo, si así puede decirse, del incierto paso con que en breve salvará la descuidada época de la infancia, para penetrar de lleno en los floridos senderos de la juventud.

De velo religiosa con dos volantes plegados, puede hacerse el traje de primera comunión; el cuerpo se hace generalmente adoptando la forma de blusa por delante, sin perjuicio de entallarlo por detrás, marcando y ceñiendo la cintura ancha cinta de gró blanco, y si se quiere alterar algo la monotonía de la falda lisa, puede desde luego adicionársele un *écharpe*, por más que este último no sea de rigurosa necesidad. Entendemos nosotros que cuanto tiene relación con la infancia y sirve para evidenciar la pureza de alma de esos tiernos seres aún no contagiados por el impuro aliento de las pasiones humanas, debe ser sencillo, gracioso y virginal, como las ideas que dormitan bajo el bosque de rizados cabellos que sirven de dosel á las infantiles fisonomías de esos débiles seres que hoy son encanto del hogar para ser mañana delicia de los salones y alegría y luz de otras almas que buscarán en ellas el complemento dulcísimo del amor. El velo de tul blanco y la cofia son indispensables para todo traje de primera comunión; en cuanto á la hechura, hemos apuntado una, como norma general; pero dejamos al recto criterio de las madres, á su amorosa ternura y exquisito gusto hacer las innovaciones que crean oportunas á nuestro modelo, ajustándose siempre al tipo especial de sus hijas.

No terminaremos esta reseña de modas sin ocuparnos con gusto de dos elegantísimos corsés, que hemos tenido ocasión de admirar en los acreditados talleres del Sr. Regulez. Pertenecía el uno á la clase de corsés llamados media-coraza y era de raso negro forrado de gró granate con un bias de felpilla en su parte inferior y lindos encajes negros por remate. Llámense medias-corazas los corsés que llevan varillas en toda la parte que corresponde al pecho; las corazas enteras son los que van varillados por igual en toda su extensión, lo mismo el pecho que la espalda. En cuanto al segundo corsé, era de forma princesa, de raso azul pálido, forrado de gró crema; los encajes que le guarnecían eran asimismo crema, y ostentaba en el pecho, bordadas en oro, las iniciales de su dueña.

Ambos corsés hallábanse destinados á dos conocidas damas de la buena sociedad madrileña, y en todo, lo mismo en la perfección de la hechura que en la acertada elección de adornos y colores, justificaban la buena fama que de antiguo tiene conquistada el Sr. Regulez y de la cual es convincente muestra la numerosa y distinguida clientela con que cuenta *La Higiénica*.

Al poner punto final á la presente revista, y no olvidando que ella tanto sirve para consignar las fantasías de la moda como para ser guía solícito de las hacendosas madres de familia, que cifran su noble y santo orgullo en el buen orden y economía del hogar, consignaremos la fórmula de un barniz para restaurar muebles usados, devolviéndoles su primitivo brillo, sin verse precisados á recurrir para ello al ebanista, y lo hacemos seguros de que algunas amas de casa nos lo agradecerán.

Hé aquí la fórmula del barniz inodoro para conservar los muebles:

Después de fundir á fuego lento una cantidad determinada de cera amarilla, cuando esta haya pasado por completo al estado líquido, se le añade un peso igual de esencia de trementina, y obtenida la perfecta mezcla de estas sustancias agitándolas constantemente con una espátula, se deja enfriar el barniz así preparado y después se conserva en frascos muy bien tapados para evitar que al contacto del aire se evapore la esencia y el líquido se solidifique.

Esta sencilla preparación, sin materia colorante alguna, es la mejor que puede emplearse para limpiar los muebles de nogal ó caoba y devolverles el brillo que hubieren perdido; para conseguirlo, basta frotar rápidamente su superficie, después de haberles quitado el polvo, con una muñeca de lana, sobre la cual deberá extenderse por igual una pequeña cantidad del barniz que nos ocupa. Si se tratase de muebles comunes de pino y se quisiera darles un color amarillento, bastará que en la esencia de trementina que ha de mezclarse con la cera virgen fundida permanezca en infusión por espacio de cuarenta y ocho horas una pequeña cantidad de palo quercitrón. Finalmente, si se desea preparar un barniz aplicable á los muebles de cerezo y otras maderas análogas, se empleará en vez del quercitrón un poco de ancusa, planta tintórea que produce un hermoso color rojo oscuro.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid 8 mayo de 1884.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

1, 2 y 3.—Trajes de desposada y de ceremonia.

1. Traje con cola.—La cola, que se corta con la espalda y los costadillos, forma por detrás tres pliegues grandes en la cintura: por delante se guarnece con dos volantes largos, formando pliegues anchos y de trecho en trecho tres pliegues pequeños en forma de abanico. Estos volantes llevan encima una *écharpe*, y la de arriba hace *drapeirie* que forma túnica y termina á los dos lados del *puf*. El cuerpo, con pico delante, es alto por detrás y abierto en corazon por delante; va adornado con dos solapas de terciopelo y un encaje: la camiseta que se ve en el pecho se puede hacer de tul de encaje ó de gasa, adornada en el escote con un volante de encaje: del mismo encaje se guarnecen las mangas. Este traje se puede hacer de raso maravilloso ó de dos telas: la una, lisa y la otra damascada de seda.

2. Traje con cuerpo-chaqueta.—Este modelo sienta muy bien á las jovencitas. Se recomienda sobre todo para acompañar á las desposadas, ya como hermana ó amiga íntima. La falda es de velo y va adornada toda la parte inferior con jaretas. La túnica de seda ligera es de fondo rosa con lunares rosa más oscuro, y va fruncida por delante en medio, abierta en abanico y recogida por detrás.

El cuerpo, que va abrochado por detrás, se guarnece todo al rededor de un volante de velo con pliegues de canalón. La camiseta fruncida y el cuello alto son de velo lo mismo que el bullón que termina la manga.

3. Traje de desposada con draperie de encaje.

—Toda la guarnición de nuestro modelo es de encaje viejo de Bruselas; pero en esta época que las imitaciones de encaje se hacen a la perfección, se puede muy bien adornar un vestido de desposada con dichas imitaciones. La cola larga es de raso mate y forrada de felpa blanca. Esta cola se sujeta a media altura de la falda debajo del *puf* y se adorna en el borde, lo mismo que la falda, de un ancho escarolado de raso. La falda, por delante, termina con un plegado que cae sobre el escarolado y va drapada al bies con pliegues sujetos los unos sobre los otros con puntos imperceptibles. La *draperie* de encaje se compone de tres velos: el uno, va drapado en forma de delantal un poco al costado izquierdo; el segundo que es muy grande, cubre parte de la larga cola, y el tercero forma *panier* en el costado derecho. Plastrón de encaje en el cuerpo, doble volante de encaje en las mangas, un plegado de raso blanco mate cae en forma de corbata al rededor del cuello; velo de tul de ilusión y diadema de flores menuditas de azahar.

4. Elegante toilette de casa.

—Este modelo se hace de seda tornasolada de lila claro, con cuello y puño de mangas con terciopelo granate muy vivo: el *fichú* es de encaje de *Saxe* color café con leche un poco oscuro: se corta en triángulo y cada uno de los costados debe tener 30 centímetros de largo; se hace un poco redondo en las puntas y se frunce por delante en el cuello. Sobre el de terciopelo y llegando las puntas al *fichú*, se lleva un cuello de encaje de punta redonda en la espalda. Madroños, pendientes de tiras de felpilla se colocan por todo el *fichú* y en el boufant de las mangas.

5. Capota fruncida.

—Este modelo de ala estrecha (4 centímetros en el medio), va cubierto de un fruncido de encaje, dispuesto en espiral; por delante va adornada de una franja de heliotropos que caen sobre el cabello; sobre esta guirnalda va una *draperie* de encaje que continúa a formar las bridas para atar. Doble *rouché* de encaje por detrás; adornan este sombrero un grupo de plumas con *sprit* colocado alto por delante.

6. Sombrero de paja de forma redonda, con las alas abarquilladas y levantadas de los lados.

7. Sombrero redondo de paja blanca.—La forma es alta y los bordes muy estrechos: va rodeado de un bullón de otomana, rosa pálido y guarnecido de un encaje que los pliegues formen mariposa: debe ser de color crema, de 12 centímetros de ancho, sobre el cual se pone un lazo de otomana, sujeto por un broche, un grupo de marabús con *sprit* del mismo color.

8 Sombrero redondo con las alas vueltas de un lado.

9. Capota de encaje.—El fondo de este elegante sombrero es de raso, cubierto de encaje, formando por arriba un *puf* bullonado. El ala va elegantemente cubierta de un encaje drapado que va a unirse con las bridas, que tienen 20 centímetros de ancho; un borde de hojas de geranio forma guirnalda y un lindo grupo de flores de geranio guarnece por fuera el alto del ala.

10. Traje de primavera con chaqueta corta.—Nuestro modelo no está hecho de raso rojo con cuerpo de raso más oscuro y cubierto con una falda de *draperies* de encaje crema. El cuerpo chaqueta corta va rodeado de un volante de encaje puesto sobre un plegado de raso y adornado en el pecho por un *fichú Molière*, de encaje, sujeto con lazos de raso. Gola de encaje y volantes de encaje en las mangas.

11 y 12.—Traje de casa para señora de edad y de niña.

11. Traje de niña con echarpe.—Este precioso vestido se hace de cachimira granate: nuestro modelo tiene 55 centímetros por delante y 50 por detrás: pliegues en las costuras de los costados, dan el ancho necesario para ahuecar el ancho de la chaqueta: por delante va adornado de dos pliegues anchos en medio de los que va una tira de botones de fantasía: la vuelta del bolsillo tiene 11 centímetros de alto y 14 de ancho: Cuello marino de 7 centímetros de ancho por delante y 10 por detrás. La falda se hace de seda y va plegada con dobles pliegues, y el lazo que se pone debajo del cuerpo debe ser de 17 centímetros de ancho. El sombrero de ala ancha echada hacia atrás por delante es de raso granate y todo el casco de raso crema salpicado de lunares granate con un adorno de encaje en el lado derecho. Cintas para atar, de color crema.

12 Traje con túnica pardesús para señora de edad.—El cuerpo se corta sobre un patrón de polonesa de seda ó lana rameada de tonos oscuros que guarden armonía con la falda lisa. El cuello y la vuelta de manga, lo mismo que los lazos, son de terciopelo, y el adorno de cabeza es de encaje adornado de lazos de otomana.

13 a 21.—Panorama de trajes de media estación.

13. Abrigo largo de media estación —Este abrigo puede completar un elegante traje para paseo; se hace de granadina ó seda forrado con seda floja, de color: le adornan ricos encajes de chantilly ó de blonda española, realzado este adorno con otros de pasamanería mate ó azabaches. Los lazos de cinta de raso deben ser de 5 centímetros de ancho.

14. Abrigo largo con manga medio abierta.—Este elegantísimo abrigo se hace de Siciliana con dibujos de raso de raso ó terciopelo forrado de raso todo él, guarnecido de un encaje ancho y de lazos de otomana: un *rouché* de encaje rodea el cuello y continúa por delante hasta el borde del abrigo y se abrocha en el cuello con un riquísimo broche de metal. Este abrigo, por su ligereza y por su forma, sirve en verano para salidas de teatro, *soirées*, cubriendo todo el traje.

15. Vestido-blusa para niña de 8 á 9 años.—Este modelo se hace de lana color bayo; se adorna con un bordado de trencilla en el bajo del vestido, carteras de las mangas y en el cuello, que es redondo. El cinturón, de seda de raso, de 6 centímetros de ancho, pasa por debajo de las carteras y forma en el costado un lazo doble con las lazadas y caídas largas.

16. Vestido plegado para niña de 6 á 7 años.

—La falda de este vestido la componen tres volantes de pliegues anchos: es de *cachimira* brochada con dibujos de florecitas más oscuras. El cuello marino, recto por detrás, se completa por delante con una camiseta, sobre la cual se abre el cuello que termina con un lazo de cinta igual al del cinturón que lleva lazo al costado. El cuello es de tela fina guarnecido con *guipure* y un entredós igual al de la camiseta.

17. Abrigo con cuello doble para niño de 5 á 6 años.—Este modelo se hace de lana ligera, color gris moda, adornado de algunos grupos de *soutache*: en la espalda lleva pliegues anchos que se abren desde la cintura, pero dejan espacio á pliegues pequeños de seda. Cuello redondo, adornado de tres tiras de raso como los pliegues menudos de la espalda. Este cuello cae sobre otro mayor, adornado de grupos de *soutache*. Bolsillos con vueltas y carteras en las mangas con botones.

18. Traje con falda drapada.—Este rico traje se hace de seda marrón oscura y terciopelo del mismo color, mezclado con damascado del mismo color y azul. Nuestro modelo es de fino cachimir y terciopelo: el delantal tiene 55 centímetros de ancho y se compone de tiras de damascado de 5 centímetros de ancho, alternando con bandas de terciopelo de 11 á 15 centímetros, terminando con un plegado de damascado de 8 centímetros de alto. El plegado de la falda va por debajo de la *draperie*: por detrás debe tener 12 centímetros: esta *draperie* va arreglada por los dos lados del delantal con una abertura que deja ver un plegado de damasco en forma de abanico y dos tiras de terciopelo que se ponen á cada lado de la abertura. El *puf* por detrás debe ser bien levantado y sujeto al pico de la chaqueta con un adorno de pasamanería ó un lazo de cinta. Por delante, el cuerpo lleva un peto de terciopelo que se abre en el pecho con 2 solapas, dejando ver una pechera fruncida de damasco: el cuello de terciopelo con un pasador especie de gemelos de oro. Las mangas llevan una vuelta alineada de terciopelo.

19. Abrigo con esclavina.—Este abrigo conviene para viaje y su forma elegante favorece á todas las edades; la esclavina figura una manga ancha. Este abrigo se hace de lana ligera ó cachimira de la India, forrado de seda á cuadros de colores vivos: va cerrado por delante con botones grandes hasta 50 centímetros antes de concluir.

20. Abrigo con esclavina para niña de 8 á 9 años.—Nuestro modelo es de lana color de moda y la esclavina se adorna con una greca de *soutache* encuadrada con vivos de raso. Este abrigo se abrocha por delante con botones de metal; la esclavina se forra de seda ligera.

21. Abrigo con peregrina.—Es de seda brochada, ajustado en la espalda y recogido por los costados con una carterita. Sienta muy bien para señoras jóvenes y esbeltas. Cuello de terciopelo con un lazo ancho para cerrarlo.

22 y 23.—Trajes de paseo.

22. Traje con peregrina *fichú*.—Falda de tela lisa con una banda en el borde, de seda brochada, de 20 centímetros de ancho. La túnica polonesa, de la misma tela de la banda de la falda, forma en los dos costados por medio del recogido un pico que cae sobre dicha banda. En el pecho, desde el cuello, parten dos solapas de terciopelo sujetas en la parte superior con un botón. La peregrina larga por detrás termina por delante bajo las bandas del cuerpo: está *fichú* se guarnece de un bies de terciopelo de 11 centímetros por detrás y 4 centímetros de los dos lados de delante. Cuello oficial de terciopelo con un borde de seda color del borde de la falda.

23. Traje con túnica delantal.—Está hecho de tafetán tornasolado. La falda, de un solo color, va adornada por delante con dos volantes de 50 centímetros de alto cada uno; la *draperie*, de seda tornasolada rayada, se coloca en forma de delantal, concluye en cada lado bajo el *puf* que se plega á la cintura y cae hasta el borde de la falda. El cuerpo-chaqueta corta, se adorna por delante con solapas de terciopelo y una tira de seda lisa que simula un chaleco; tres lazos de raso adornan el pecho y los lados del delantal. El cuello militar es de terciopelo lo mismo que la manga. Una abertura en la costura del codo deja salir un *puf* de seda lisa.

24. Negligée elegante —Este elegante peinador se hace de cachimira, velo de lana, ó de batista ó *nansú*; los bullonados de delante están separados por bullones pequeños; la *coquilla* que guarnece la delantera tiene 9 centímetros de ancho. Este *négligée* se cierra por delante con lazos; bullonados pequeños y encaje doble guarnecen las mangas. Volante con tres plegados y un encaje al borde,

guarnece todo al rededor el peinador. Los lazos pueden hacerse de raso, terciopelo ó otomana.

25. *Matinée* elegante.—Los pliegues menudos que tiene de trecho en trecho este *matinée* se hacen en la tela, que será muselina ó *nansú*, antes de cortar el traje que se guarnece de encajes ó bordado: cada tira de pliegues no debe pasar de 5 y medio centímetros de ancha y se sujetan á 3 centímetros del borde de la chaqueta y á 5 antes de acabar la falda; esta concluye con tres volantes á picos festoneados, ligeramente fruncidos. Dos cintas de 6 centímetros de ancho para la falda y 3 centímetros para el gabán rodean la falda terminando con lazos en el lado derecho. El mismo adorno se hace en el gabán y en las mangas. Una corbata de cinta cierra el cuello, colocándose un lazo *puf* en la falda por detrás.

26. Espalda del número 25.

27. Sombrero de paja con la copa alta.

28. Sombrero de paja, contrabandista, con la copa aguda.

29. Sombrero de paja oscura con estrellas de paja blanca.

30. Capota con cerquillo en diadema.—Este modelo novísimo es de paja color castaña y se guarnece con cinta color moda rosa punsú, guarnecido con diadema de flores y de cintas, sobre otra diadema forrada de terciopelo ó de seda. La copa es alta y ancha y el ala algo acampada. Las flores y los lazos están salpicados de insectos mariposas, etc. Un alfiler de capricho sujeta las bridas por los lados.

31. Traje de paseo.—Este abrigo, de forma visita, se hace de otomana negra forrada de seda, guarnecido con un encaje ancho formando guarnición en el bajo del abrigo: de lo mismo se guarnecen las mangas y la gola del cuello. Pechera *Fedora* formada en el cuello, de *guipure*: se corta de 36 centímetros de ancho; al medio del pecho se frunce y sujeta cayendo por delante con dos paños largos; se adorna con pasamanería, abalorios y felpa.

32. Capota hecha de estrellas de paja.

33. Modelo 30 visto por detrás.

FIGURÍN ILUMINADO.

Trajes de paseo.

Núm. 35. Falda de lana *veige* clara, compuesta de volantes de encaje separados por una franja de terciopelo marrón. El resto del traje es de lana *veige* claro, sembrado de lunares de raso marrón. Una *draperie* plegada, baja hasta la primera falda atravesándola en *bies*. Una *echarpe lavandera* sujeta por un aro, une el *puf* que cae en *draperie* recta. Cuerpo abrochado al costado y atravesado por un gran cordón y *draperie*. Ancha solapa cantinera de terciopelo marrón, como asimismo el cuello y demás adornos. Sombrero de paja *veige* guarnecido de plumas marrón y una *echarpe* del mismo color.

Núm. 36. Falda con un plegado de raso *glicine* y un boufante de lana *glicine*. *Redingotta* abierta, de lana *glicine*, broché *escavieuse*; sobre la *Redingotta* va drapada en retorcidos *fontanges* una falda de cachemira *glicine* lisa.

Capota de paja *glicine*, guarnecida de un lazo *glicine* *escavieuse*, con bullones y bridas de colores que casen con el resto del sombrero.

REVISTA DE PARÍS.



EMPLO con gusto, Sr. Director, el encargo que recientemente me hizo V. de enterar á las amables lectoras de LA ILUSTRACIÓN DE LA MUJER de las principales novedades que en este inmenso París cautivan,

siquiera por breves momentos la atención pública. Lo que si no sé, es hasta donde llegue yo á mi vez á fijar la de las abonadas á su excelente ILUSTRACIÓN; mas todas las divagaciones que á este propósito me ocurrieran, darian por resultado disminuir el interés de la revista. Prefiero, pues, ofrecer á V. una sección de impresiones que tenga, al menos, el mérito de hacerme salir en bien de mi empeño. Y pues que ya estoy con la pluma en la mano, como vulgarmente se dice, manos á la obra que valdrá lo que Dios quiera.

Es digna de atención esta soberbia capital y la vida que aquí se lleva. Pues la serie de acontecimientos que se eslabonan todos los días en esta gran ciudad, especie de centro á donde converge todo lo bueno y malo de la civilización actual, se refleja más ó menos tarde en las otras ciudades, no tan sólo de los departamentos de Francia, sino del extranjero, ora del viejo como del nuevo continente. Desde las cosas más triviales de la vida, hasta los



4.—Toilette de casa.



5.—Capota fruncida.



6.—Sombrero de paja forma redonda.



7.—Sombrero redondo de paja blanca.



8.—Sombrero redondo con las alas vueltas de un lado.



9.—Capota de encaje.



10.—Traje de primavera con chaqueta corta.



11 y 12.—Trajes de casa para señora y niña.



13 á 21.—Trajes de media estación.



22 y 23.—Trajes de paseo.

adelantos de las ciencias y de las industrias, si han entrado en París ó han nacido allí; adquieren una fisonomía tan peculiar, que al salir al extranjero para popularizarse se ve en ellos el sello característico y distintivo de la capital del mundo civilizado: en París todo se depura, adquiere un cierto no sé qué exquisito, que á todos agrada y que es elemento naturalísimo y original del pueblo francés.

Por eso aquí todas las manifestaciones del arte como de la ciencia revisten excepcional importancia, haciéndose objeto de toda clase de opiniones. Y esto que decimos, tiene precisamente lugar en estos días, con la reciente inauguración de la exposición anual de pinturas, conocida vulgarmente con el nombre de *salón*, que pertenece al año que corremos. No es mi ánimo examinar la real importancia de ese alarde de pinturas contemporáneas, porque falta para ello tiempo y espacio. Y sin entrar tampoco á describirla, que será materia especial de otra revista, puedo adelantarle á V. que la impresión causada al público y á la crítica, por el referido certamen, no es inferior á la de los anteriores años. Hay allí de todo, obras maestras dignas del pincel de los más renombrados artistas, legítimas esperanzas del arte pictórico; pero al lado de estas esperanzas del arte hay amargas decepciones é inesperados reveses.

* *

Poco podrá ofrecer esta revista para satisfacer la curiosidad de mis lectoras respecto á lo que á espec-táculos se refiere. Abandonados por el gran Gayarre, á quien París entero ha concedido sin apelación el dictado de *rey de los tenores*, y pasada ya la impresión de la *Sapho* de Gounod y la *Redemption* del mismo maestro, obra en que su insigne autor ha probado que lleva todavía en su espíritu el fuego de la inspiración; ha callado aquí por un momento la trompa de la fama que no tardará en sonar de nuevo entonando himno de gloria en alabanza de algún ingenio.

* *

Pero esta atonía, consecuencia, por otro lado, del fin del invierno, época la más indicada para los estrenos ó las *premieres*, como los llaman, está compensada por el placer que experimentan los habitantes de bañarse en los tibios rayos del sol primaveral que dan vida al cuerpo y alegran el ánimo, borrando el recuerdo de las brumas invernales de nuestro Sena. Este cambio de vida saben aprovecharlo los parisienses; lo prueba la demasiada animación que reina en los alrededores de la capital en los días de fiesta, y la prodigiosa concurrencia que desfila por el *Bois* y por el *Longchamps* las tardes de carreras. Porque, eso sí, aquí podremos no tolerar, como ha sucedido muy recientemente, que el Circo del Hipódromo se convierta en plaza de toros, y que con la llegada de Frascuelo comience el reinado de la espada y la muleta; pero lo que es la afición al *sport* y, sobre todo, al centro de apuestas, siempre será preferente objeto de nuestro público.

Ya es hora también de que las modistas y modistos vistan, de un modo exagerado para producir impresión, á sus *maniquies semovientes*, con las nuevas modas que las señoras elegantes de aquí aceptan, moderándolas un tanto, pero que sabemos acojen al pié de la letra las hermosas hijas de Barcelona y de Madrid.

LA VIRTUD DE UNA MUJER.

(HISTORIA QUE PARECE CUENTO.)

I.

En un tiempo vivía en una ciudad de Italia un comerciante rico, por nombre Genaro, que estaba casado con una joven, tan hermosa como discreta. Tuvo que hacer un largo viaje por la India, y encomendó su esposa al cuidado de un hermano suyo.

Los primeros días pasaron sin que nada particular ocurriese. Pero muy luego empezó el tutor á pensar en la hermosura de Grisella, que este era el nombre de su cuñada, y llegó á enamorarse de manera que se atrevió á declararle su pasión.

Grisella quedó asombrada de su osadía, y en tono resuelto y ademán imperioso le censuró su conducta, manifestándole que desde aquel día determinaba vivir encerrada en su aposento hasta el retorno de su marido.

Instó y rogó el apasionado amante, prometiéndole toda su fortuna, que era mucha, y que se irían á le-

janas tierras á gozar de la vida; pero fué inútil y se retiró de su presencia desesperado y profiriendo terribles amenazas.

No dejó de conocer Grisella el gran peligro en que estaba, y llorando en secreto pedía á Dios que la librara de él, ó le diese fuerzas para la lucha.

La venganza de Arnaldo, que este era el nombre de su perseguidor, no se hizo esperar mucho tiempo. Sobornó á cuatro malvados para que fuesen testigos falsos, y acusó á la virtuosa Grisella de ser infiel á su esposo.

Según las leyes, la mujer adúltera era condenada á morir lapidada. Grisella, en su consecuencia, fué sacada á un campo, lejos de la ciudad, y apedreada por el pueblo.

II.

Quiso, no obstante, la Providencia que quedase viva, aunque los verdugos la dieron por muerta, y pasando por allí cerca un capitán de bandoleros oyó sus lamentos, se acercó á ella y sacándola del lago de su propia sangre en que yacía, le prestó algunos auxilios, con los cuales revivió su espíritu y pudo contarle su triste historia.

Compadecido el bandolero, la llevó consigo á su guarida, un tanto enamorado de su belleza, lo cual advertido por Grisella, le dijo que valía más que la abandonase y no tuviese que deberle favor alguno, pues ella era casada, quería mucho á su marido y no podía corresponder á pasión alguna que redundase en daño de la honra de su esposo.

Con todo eso, el bandolero la rogó que quedase en compañía de su mujer, como una buena amiga en sus soledades, y que él la respetaría como buen caballero y cristiano.

III.

Poco tiempo pasó en paz sin que el demonio no buscara nuevas zancadillas. Uno de los despenseros de la partida, que la veía de continuo, empezó á sentir el fuego del amor con tal vehemencia, que se atrevió á declararle sus deseos. Grisella le rechazó, amenazándole con que le descubriría al capitán si continuaba por ese camino. Pero el bandolero estaba ya fuera de sí y tomó venganza de su desprecio de la siguiente manera:

La mujer del capitán tenía un hijo de tres años que era el encanto de sus padres. Una noche halló modo de penetrar hasta su cuna y le mató á puñaladas, teniendo cuidado de regar con manchas de sangre el espacio desde la cuna al aposento de Grisella. Luego escondió el puñal bajo la almohada del lecho de esta, y manchando asimismo sus ropas, volvió á su guarida sin que nadie le hubiese sentido.

Descubierto el hecho, asombró á todos la maldad de Grisella, pero el capitán, que conocía su carácter y sus virtudes, no quiso dar crédito á los indicios. No obstante, viendo ya imposible que esta viviese con su mujer le aconsejó en secreto que se fuese, y le entregó una bolsa llena de escudos de oro para lo que se le ofreciese en su peregrinación.

IV.

Grisella anduvo largo tiempo por despoblados, vestida de hombre para mayor seguridad. Al fin entró en una población, y lo primero que se ofreció á su vista fué un joven á quien llevaban á morir en la horca. Preguntó por qué delito, y diciéndole que por deudas, inquirió la suma y la pagó del dinero que llevaba.

Fué tanto el agradecimiento del redimido, que se ofreció á servir y acompañar á Grisella toda su vida. Mas á los pocos días hubo de sospechar el nuevo servidor que su amo era una mujer, y concibió por ella una pasión violenta. Todas las reprensiones de Grisella fueron en vano, y como esta no le daba esperanza alguna de corresponder á su deseo, se atrevió un día á intentar por fuerza lo que no alcanzaba de grado, amenazando á Grisella con un puñal. Esta pudo, no obstante, desasirse de las manos de aquel endemoniado, y huyendo, tomó refugio en un buque que á la sazón había en aquel puerto, dispuesto á darse á la vela.

V.

Recibióla el capitán de la nave con mucho agasajo, así por saber la causa de su fuga, como por la gentileza y hermosura de su cuerpo y rostro. Mas pronto el demonio tomó posesión del pecho del ca-

pitán, y como no veía manera de triunfar de su entereza, juró que llevaría el buque á tierra de salvajes, con el solo objeto de venderla como esclava. Llegó esto á oídos de su segundo y del piloto y contramaestre, y en una disputa que tuvieron, de común acuerdo se lanzaron sobre él y le cosieron á puñaladas, pasando á mandar el buque el que hacía sus veces.

Pero este, que en secreto estaba ya enamorado de Grisella, quiso entonces declararle su pasión. Hizolo así, y siendo rechazado con dignidad, tomó por venganza encerrarla en un paraje recóndito de la bodega, haciendo creer á la tripulación que estaba gravemente enferma.

Mas luego sospecharon el engaño, y acudieron á sacarla de la prisión. El capitán, que lo quería estorbar, fué muerto en la demanda, y puesta Grisella en manos de aquella turba sin jefe, todos quisieron disputarse la posesión de su hermosura. El buque se convirtió en un sangriento campo de batalla, pues los celos y la llama que consumía los pechos de aquellos marineros, les hacía parecer desesperados y enemigos mortales los unos de los otros.

A todo esto, vino á juntarse el peligro de una temerosa borrasca y un huracán terrible, y de tal fuerza, que una manga de viento barrió á todos, que estaban sobre cubierta, excepto á Grisella, á quien habían amarrado al palo mayor como presa del que venciese.

Vió en esto Grisella una muestra de que los cielos no la abandonaban en su desgracia, y empezó á confiar en mejor suerte.

VI.

En efecto, después de una fervorosa oración calmó el tiempo, serenó el mar, y el buque por una suave brisa fué empujado hacia las costas de una isla frondosa y alegre á la vista. Al llegar á ella, le esperaban gran número de sus habitantes, quienes desatando sus ligaduras, la llevaron al palacio del Sultán, como muestra de un prodigio.

Era el Sultán un príncipe sabio y justiciero, y oyendo la narración de las desventuras de Grisella, dió orden de que se la atendiese y cuidase como si fuera su propia hija, preguntándole, además, cual era su deseo, pues estaba resuelto á servirla y complacerla en todo lo que pidiese.

—Mi deseo, dijo Grisella, es acabar mi vida en la paz del retiro. Esa nave, añadió, está llena de riquezas. Ruego á V. M. que con ellas se labre un convento y una iglesia consagrada á mi religión y el sobrante se distribuya entre los pobres.

IRIS.

(Se continuará.)

EL PECADO DE MAGDALENA

(Conclusión.)

Rogué al capellán del establecimiento que escribiera reservadamente al cura de Ville-Ferny, y así supe que Luísa vivía en el campo con su padre, muy retirada, no viendo ni aun á sus vecinos más próximos; únicamente algunos antiguos amigos eran recibidos de cuando en cuando. Luísa, por otra parte, sufría mucho y no se movía del sillón. Empezaba en la época de nuestra fuga un embarazo que nadie había sospechado y que ella misma no sospechaba todavía. Se comprende qué cruel golpe descargó sobre aquella alma tan tierna nuestra cruel traición, en el mismo momento en que se despertaba en ella una doble existencia. No hacía más que languidecer y se dudaba de que pudiese llevar á feliz término su alumbramiento. Por desagradables que fuesen estas noticias, me calmaron un poco. Luísa vivía. El cura añadía que le habían asegurado que M. Roberto Wall estaba en París; pero que nada más sabía.

Trascurrieron muchos meses, durante los cuales me inicié dolorosamente en mi nueva vida. Estaba muy sola. La santidad de las religiosas me descorazonaba, y el respeto me hacía estar apartada de ellas. Por el contrario, las mujeres que me rodeaban, mis compañeras de miseria, me inspiraban una repugnancia invencible; sus fisonomías vulgares, marchitas la mayor parte, en que se veía impresa la desvergüenza, me causaban horror. Al principio intentaron atraerme provocando una confianza contándome sus infortunios; pero ante mi salvaje silencio se cansaron y huían de mí. No llegaba hasta mí ningún ruido exterior; me parecía que estaba en esos lugares de expiación donde los ruidos de la tierra espiran y donde las almas criminales aguardan su perdón. Aprendí á trabajar. Inclínada desde por la mañana sobre un telar ó aplicada sobre una grosera labor, mataba el pensamiento con la actividad material. Las noches sobre todo me eran odiosas; la comunidad de vida con seres menos culpables tal vez, pero

más degradados, me inspiraba una repulsión invencible. Estas mujeres están repartidas en varias clases: las más jóvenes, á las que únicamente se encierra por prudencia, están cuidadosamente separadas de las otras. Hay una clase especial también para las jóvenes realmente arrepentidas, las que hace largos años que dan á las otras el buen ejemplo, y que rehusan salir de la casa.

Yo estaba entre las *Thais*, como las llaman, es decir, las recién entradas, que tienen palpitantes sus pasiones apenas vencidas, y agitadas la mayor parte por el deseo de recobrar la libertad. Es el vicio todavía latente: al verlas y oírlas se apoderaba de mí el disgusto, pero debía permanecer entre ellas: este espectáculo me era saludable. ¡Ah! ¡si se supiera lo que vienen á ser en el fondo de la sociedad esas pasiones que idealizamos demasiado frecuentemente en el mundo! Yo tardé largo tiempo antes de confesarme que la orgullosa Magdalena era también una partícula de ese fango donde el vicio mal adormecido fermentaba sordamente al rededor mío. Poco á poco, sin embargo, incliné la cabeza, y aprendí á rezar...

Una mañana recibí una carta del cura de Ville-Ferny. «Las vías de Dios son misteriosas, escribía, hace salir la luz de las tinieblas y el consuelo del manantial mismo de nuestras lágrimas. Vuestra prima ha dado á luz un niño. Hasta el último momento se temía que no pudiera vivir lo bastante para ver á su hijo, pero Dios le ha concedido esta gracia.

»La prueba ha sido terrible; me llamaron á toda prisa. Su padre estaba allí, pálido como el mármol; jamás olvidaré la expresión de su semblante. Contemplaba á su hija sin derramar una lágrima y seguía inmóvil el progreso de las sombras misteriosas que la invadían. Yo rezaba al pié de la cama. En la pieza inmediata, se oían por intervalos los débiles vagidos del recién nacido y voces de mujeres que cuchicheaban entre sí. En el aposento de la enferma reinaba, por el contrario, un silencio aterrador. De pronto se levantó y fijando en nosotros una mirada resuelta:—¡Mi marido! dijo con una firmeza inusitada, quisiera ver á mi marido.—Su padre, sin contestar, me dirigió una mirada llena de angustia. Nuestro pensamiento fué unánime; aquello era el principio del delirio; pero ella, incorporándose enteramente y con el mismo acento límpido y tranquilo:—Quiero verle y entregarle yo misma su hijo.—Luego buscando debajo de su almohada una carterita que jamás se separaba de ella, sacó de la misma un papel cuidadosamente doblado, y me lo dió. Era la dirección de M. Wall que yo no sé todavía cómo se la había proporcionado.—Señor cura, añadió, os lo ruego, partid inmediatamente; decidle que le suplico que venga, y vendrá, le conozco. Id pronto, el tiempo vuela; yo procuraré vivir hasta vuestro regreso.

»Se dejó caer otra vez sobre sus almohadas; yo consulté á su padre con la mirada: este vacilaba y parecía dominado por un violento combate interior. Por fin hizo una seña, y partí. Era ya de noche cuando llegué á París y me fuí corriendo á la morada de M. Wall. Temía no hallarle en casa, ó que no quisiera recibirme. Me hicieron pasar adelante sin dilación. Me pareció que M. Wall había envejecido, aunque la expresión de su rostro fuera la misma de otro tiempo. Yo no sé si me reconoció, pero no observé en él ninguna emoción; se levantó y se mantuvo en pié, sin hablar, aguardando que le explicase el motivo de mi visita. Yo había pensado prepararle poco á poco para lo que tenía que decirle, pero su actitud impaciente y altiva me hicieron cambiar de opinión. Cuando supo que su esposa estaba moribunda y deseaba verle, se estremeció; una súbita palidez cubrió su rostro y sus labios temblaron; pero cuando supo que tenía un hijo, ocultó el rostro entre sus manos.—¡Un hijo! exclamó, ¡yo tengo un hijo!—Luego con acento conmovido:—¡Ah! ¡pobre mujer! ¡Pobre Luisa!

»De pronto levantó la cabeza.—Partamos, señor cura, partamos en seguida.—Y sin hablar á nadie, sin perder un momento, salió delante de mí.

»Durante el camino, me dirigió numerosas preguntas sobre su mujer y su hijo; parecía presa de una verdadera fiebre. Sin cesar se asomaba á la ventanilla del wagón y clavaba en la oscuridad inquietas miradas; luego se volvía á sentar lanzando uno de esos suspiros en que parece se reconcentran toda la energía y las angustias del alma.—¿Creéis que llegaré á tiempo? me preguntaba entonces. ¡Si creyese que me he negado á verla en tales momentos!—Ella os espera, contesté yo.

»Las dos de la madrugada sonaban en el reloj de la iglesia del pueblo cuando llegamos al vestíbulo del castillo. Antes de entrar, se detuvo, y cogiéndome por el brazo:—¿Creéis que ella sabe... que esté informada?...—Vacilé y no pudo continuar, comprendí su pensamiento.—Presumo que lo sabe todo, le dije; crisis de lágrimas más frecuentes en estos últimos meses y sobre las cuales rehusaba dar explicaciones, se relacionaban sin duda con la nueva de esa muerte funesta, tan esparcida por todo el país.

»Tembló, y soltando mi brazo, atravesó con paso rápido el terrado hasta un ángulo donde se apoyó como para sostenerse y permaneció con la cabeza inclinada: se hubiera dicho que buscaba en un banco inmediato alguna huella conocida, algún signo familiar que le ocultaba la oscuridad.

»Le llamé. Se pasó la mano varias veces por la frente, como para rechazar el recuerdo que le detenía en el umbral de esta morada: luego sus ojos se fijaron en una ventana del piso principal débilmente iluminada. Se acercó lentamente y entramos. Nada había cambiado en el apo-

sento de la enferma desde mi partida; al parecer Luisa dormía. Su padre sentado junto al lecho, guardaba la inmovilidad de una estátua y creo que no nos vió entrar.

»Durante largo rato, lo único que interrumpía el absoluto silencio que reinaba era el murmullo producido por nuestra fatigosa respiración. Ninguno de nosotros hablaba ni se atrevía á hacer el menor movimiento. Al fin madame Wall abrió los ojos, y viendo á su marido inclinado hacia ella, le miró fijamente, como si temiera ser víctima de un sueño; luego cubrió su rostro un ligero carmín, se levantó y le tendió la mano:—¡Pobre Roberto!... dijo.—Este cogió su manecita y cayendo de rodillas, lloró como un niño. Entonces mandó que le trajeran su hijo, y llamando á vuestro tío: Padre mío, dijo, ha llegado la hora de perdonar: la culpa es mía, yo no supe hacerme amar. Espero que mi hijo será más feliz que yo.—Dirigiéndose entonces á su marido.—¿Roberto, no habéis visto á mi padre?—Ambos la comprendieron y por primera vez se atrevieron á mirarse y saludarse.

»Pocos instantes después se presentó la calentura y luego el delirio. Parecía que iba á empezar la agonía, pero la endeble criatura se resistía á la muerte. La noche y el día siguiente se pasaron en las más crueles alarmas. Otros días y otras noches, semanas enteras han trascurrido. Su padre y su marido no la han abandonado ni un momento. Ha venido la convalecencia trayendo en pos de sí la esperanza y el sosiego... La segunda semana de este mes parten todos para América.»

Iba pues á llevarse á cabo ese viaje soñado en otro tiempo por Roberto; pero la que debía haberle acompañado entonces quedaba sola rezagada, sombra ignorada de lo pasado.

Miré la fecha de aquella carta: hacía ya dos semanas que estaban en el mar.

Marzo 18.....

Nueve años han pasado, nueve años todos iguales, en los que ni un solo día se ha diferenciado de los demás: he vivido la vida de mis compañeras, cumpliendo como ellas, con un orden calculado y en horas invariables, la monótona serie de nuestras tareas y de nuestras oraciones. Ahora sin embargo vivo aparte: mis súbitos y prolongados desmayos han causado inquietud, y me han retirado de las salas comunes. Estoy en una celda donde vivo sola de día y duermo también sola por la noche. Esto es una preferencia que no he solicitado, pero de la cual gozo con placer.

He empleado este tiempo en recopilar todos mis recuerdos y en escribir esta larga confesión. Tal vez servirá para otras de provechosa enseñanza. La relación de mis miserias, de mis remordimientos, de mi expiación, desarmará á los que he escandalizado con mis extravíos y alcanzará para mí la limosna de una plegaria: la indulgencia se usa fácilmente con los muertos, y cuando se lean estos renglones, quien los escribe hará largo tiempo que habrá desaparecido del mundo.

Mucho me ha costado remover todas estas cenizas, pero sin embargo lo he hecho sin ocultar nada. Mi tarea ha terminado. Aun cuando viviera veinte años no añadiría á lo que precede ni un sentimiento nuevo, ni un acontecimiento digno de mención. Yo no deseo nada más, ni aun morir...

8 mayo 18.....

Yo creí que todo había terminado; me equivocaba. Una noticia inesperada me ha sacado de mi atontamiento: ¡ellos vuelven! Luisa ha escrito á Ville-Ferny para anunciar su llegada, que tendrá lugar en breve. Son dichosos y es ella quien lo dice.

¿Por qué me siento turbada? Yo creía ya muerto mi corazón para todo y le siento estremecer á su aproximación. Quizá, me dicen, habla de su padre, que les acompaña y se hace viejo, y luego largamente de sus tres hijos.

Me ahogo en esta celda; quisiera poder andar, hasta correr... ¡Vano esfuerzo! vuelvo á caer en esta silla de donde no me muevo nunca. Por mi ventana que tengo abierta, veo á varias religiosas que se pasean por las calles del jardín; sus rostros están tranquilos y ríen, hasta las más ancianas, y su risa es fresca y juvenil. ¡Qué hermosa es la pureza! ¡una vida pura! ¡un corazón puro!

Mucho más cerca de mí oigo otros ruidos; se agitan los telares, y acentos ásperos y gruñones.... Son las *Thais* que trabajan.... ¡Es mi familia! ¡Oh Dios justo!....

10 mayo 18.....

No, yo no saldré más de esta celda; no puedo ni aun ir arrastrando hasta la capilla.

Mi horizonte se va estrechando. ¡Se encontraba ya tan limitado cuando aun podía recorrer el recinto del refugio! Los límites han ido tocándose. Las cuatro paredes de mi celda y una estrecha abertura que me permite ver los árboles del jardín, he ahí lo que resta de la inmensidad del universo! Me parece que no es posible que un cuerpo humano ocupe menos espacio; sin embargo será preciso reducirse más aún; el espacio se reducirá más y más hasta llegar á la medida de este cuerpo enflaquecido. Esta será mi última morada. Algunas veces, en la oscuridad de mis noches de insomnio, creo sentir como si las paredes se acercaran unas á otras para encerrarme.

Mi última hora no está lejana... Ya me hallaba cerca de mi ventana abierta, sola como siempre, y perseguía en las inmaculadas profundidades del cielo no sé qué visiones que me arrebatában lejos de la tierra. Al bajar los ojos sobre la vidriera apoyada contra la negra ensambladura, he divisado, reflejándose como en un espejo, una figura cuyo aspecto me ha impresionado: dos ojos desmesuradamente

grandes, una boca rígida y dolorida, un rostro enflaquecido cuyos contornos se confundían con las líneas blancas de su cofia. ¿Dónde había encontrado yo otra vez á esta mujer? Vestía el hábito de los penitentes: ¿cómo no la había visto ya en la casa?...

Por un brusco movimiento de curiosidad, me volví; el pálido fantasma hizo otro tanto.

No he podido contener una sonrisa.—¡Cómo! ¿sois vos, Magdalena? ¡qué habéis hecho de vuestra juventud y de vuestra belleza, pobre joven!...

Este rostro olvidado hacía diez años, lo he mirado nuevamente: me ha parecido que no pertenece á un sér viviente. ¡Nadie podría ahora reconocerme,—no, nadie!...

¿Decía yo que el tiempo pasaba sin llevarse nada?

Al contrario todo se lo ha llevado, menos el dolor.

12 mayo 18.....

«Si fuera á aguardar su llegada al Havre? Soy libre: ningún voto me retiene. Me ocultaré para volverlos á ver una vez siquiera; no sospecharán mi presencia, y aun cuando pasaran rozando conmigo, ¿qué podría decirles este semblante demacrado? Ni uno siquiera se estremecería codeándose entre la multitud. Me parece verlos; mi tío un poco encorbado y canoso; Luisa siempre bella, con esas formas algún tanto desarrolladas que la segunda juventud produce en las mujeres; sus tres hermosos hijos, con cabezas de ángeles... ¿y él?... ¡No, no iré!

Cuando sentarán su planta en tierra de Francia, yo abordaré otra playas.....

13 mayo 18.....

Ya no abandono el lecho. Ya no me dejan sola: hay siempre rezando á mi lado una religiosa. El capellán ha venido esta mañana y volverá esta noche para pronunciar las últimas oraciones. Yo soy quien le ha suplicado.....

Me asedia un pensamiento que no puedo rechazar. ¡Quisiera saber si él me ha amado realmente! ¿Me ha querido ¡ay! como yo le quería! ¿Pero qué importa?... ¡Todo ha concluido: duerme en paz, pobre Magdalena!

FIN.

SECCIÓN RECREATIVA.

CHARADAS.

I.

Con la *prima-segunda* fué menguado un monarca valiente aunque no *todo*; mas quien *cuarta-segunda* de algun modo *prima-cuarta* le cuesta. Un padre airado abrió *primera-tercia* al moro osado y aquel lance nos trajo mucho lodo.

II.

Prima-tres-cuatro á *dos-cuarta* un boticario *prima-quinta* y la da *todo* de regalo. Ella, que es *segunda-prima*, en su entusiasmo, *dos-cuatro-tres* á menudo sin empacho.

FUGA DE CONSONANTES.

Remitida por la Sra. D.^a E. del P.

.o .o.o.o .o o.o .o.o.
.o.o O.o.o .o. .o. o.
.o. .o...o .o. .o.o o.o
.o.o. .o. o.o.o

SOLUCIONES

correspondientes al número 22 del 15 de abril 1884.

CHARADA.

Becerro.

CHARADA ENIGMÁTICA.

Candelaria.

ROMPE CABEZAS..

I.

Mañana saldrá para la Habana la fragata Calatrava á cargar patatas para Matanzas.

II.

T r i p a s
r i z o s
i z a r
p o r
a s
s

Han acertado todas las soluciones las Sras. D.^a Adela Peyra de Iscar.—D.^a Emilia del Pino.—D.^a Rosaura Hernández.—D.^a Patrocinio Crespo.—D.^a J. R. de B.—Doña Bienvenida de López Serriñá.—D.^a Asunción de López Serriñá.—D.^a Concepción de Salas de Rojas y D.^a Carmen Patiño de Blen.

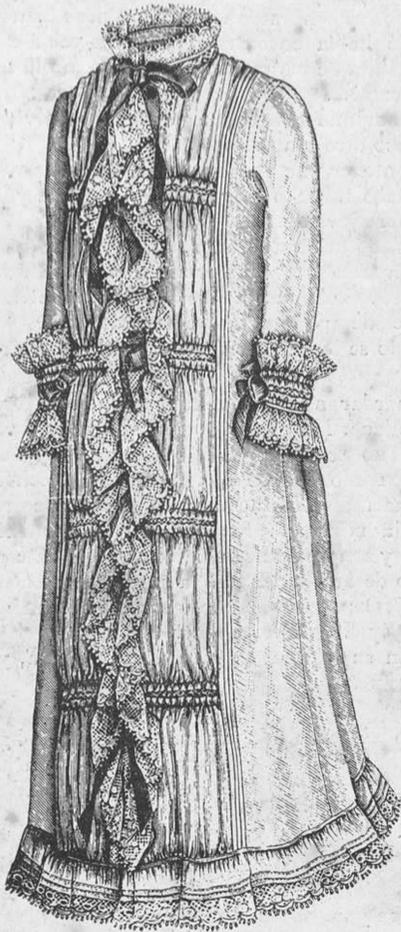
Las dos charadas y el 2.^o rompe cabezas las Sras. doña María Carvajal.—D.^a Catalina Ruiz y D.^a J. M. de Cepeda. La 1.^a charada y 2.^o rompe cabezas las Sras. D.^a Gloria Fuster y D.^a Carmen M. López.

Sorteado el premio de abril entre las Sras. que han acertado igual número de soluciones, ha correspondido á D.^a Adela Peyra de Iscar, á quien se remitirán unas elegantes tapas para la encuadernación del tomo 1.^o de esta ILUSTRACIÓN.

BARCELONA:

Imprenta de Luis Tasso y Serra, Arco del Teatro, nums. 21 y 23.





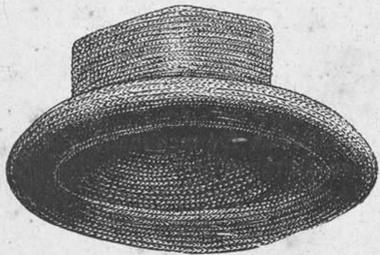
24.—Negligée elegante.



25.—Matinée elegante.



26.—Espalda del n.º 25.



27.—Sombrero paja copa alta.



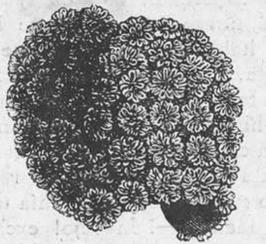
28.—Sombrero contrabandista.



29.—Sombrero de paja oscuro.



31.—Traje de paseo.



32.—Capota de estrella elegante.



30.—Capota con horquilla diadema.



33.—Modelo 30 visto por detrás.